LA LIRA ANDALUZA.

Coleccion

de poesías contemporáneas

POR

D. Miguel Tenorio.

ENTREGA 1.ª

AUTORES.

D. Miguel Tenorio.—D. Francisco Grandallana.—El Solitario.—A. de Saavedra duque de Rivas.—D. Fernando de la Vera.—D. Javier Valdelomar y Pineda.—D. Francisco Rodriguez Zapata.—D. José Manuel Tenorio.—D. Salvador Bermudez de Castro.—D. Pedro de la Puente y Apezechea.—D. Pedro Manuel Monti y Sorela.—D. Pedro Alcántara Liaño.—D. Francisco Fernandez Golfin.—D. Lorenzo Nicolas Quintana.—D. José Lorenzo Figueroa.—D. Gabriel Garcia Tassara.

SEVILLA.

Imprenta de EL SEVILLANO, calle de las Sierpes.

ADVERTENCIA.

La publicacion de unas poesias es de tiempos atrás cosa rara en España, estraordinaria en Sevilla. La literatura que á impulso de la revolucion va recobrando el movimiento de vida que ya en época distante alcanzó entre nosotros, cede en la capital misma al peso de las ideas políticas, del gran interés del dia, y no es por tanto mucho que se arrastre miserablemente en el resto de la Peninsula, aun en la patria poética de Herrera, de Arguijo y de Rioja.

El editor de la presente coleccion á quien, por poco favor que á sí propio se haga no se le oscurece nuestra situacion social hasta el punto de desconocer la índole de nuestra reforma literaria y la naturaleza de los esfuerzos en que para llevarla á cabo se empeñan con mayor voluntad que dicha los nacientes ingenios; pudiera sin embargo dar aqui muchas y acaso buenas razones en descargo de la responsabilidad que teme reasumir por fruto de su trabajo y de sus deseos. Anímale empero en compensacion de ese temor la esperanza de que el público, que á decir verdad no se ha mostrado tan estraño al éxito favorable de su empresa como al ponerse en ellas las manos ánimos desconfiados presumieron, acoja con mas indulgencia que crítica los ensayos poéticos de muchos jóvenes, autores de esta coleccion, que acaso un dia reclamaran con razon la crítica antes que la indulgencia.

No es esto anticipar el juicio de la obra que emprendemos: el editor demanda, el público juzgará. El público sin embargo debe saber que los dos literatos de nombradía y algunos jóvenes ya ventajosamente conocidos en Madrid cuyos nombres van al pie de sus respectivas composiciones en esta primera entrega, se han comprometido amistosamente con el á formar con algun otro, la segunda que comprenderá ademas de las poesias artículos de literatura y costumbres.

En este concepto, pues, proseguirá esta publicacion, y el editor quedará airoso sino galardonado.

LIRA ANDALUZA.



José y Joaqⁿ D. Becquer. Lit. de V. M. Casajus.

Vista de la Catedral de Sevilla

desde el patio de los Naranjos.

A la gloria artistica.

¡Grandiosa inspiracion! tu voz sublime
Resuena por la bética llanura,
Y el laud olvidado tierno gime
Del solitario bosque en la espesura.

El juvenil ardor lo ha descolgado
Del fúnebre ciprés donde pendia,
Y su canto naciente ha preludiado
Del muerto vate sobre la urna fria.

El sagrado esqueleto al escucharlo
Se sourie tal vez en la honda fosa;
Acaso su alta sombra á acompañarlo
Saldrá rompiendo la pesada losa.

Yo la siento venir; tiembla mi lira
Al impulso divino de su mano,
Palpita el corazon, y fuego aspira,
Mi boca de su aliento sobrehumano.

¡Qué fatigante ardor! yo desfallezco,
Bulle mi ardiente sangre conmovida,
Y ante la yerta sombra me estremezco
Cual frágil caña de huracan batida.

Empieza á hervir en mí abrasada mente
De los pasados siglos la memoria,
Presentando á mi vista refulgente
Sus brilladoras páginas la historia;

Y entre el fiero clamor de la atroz guerra
Que al despedir cruel su hálito inmundo
En sangre baña la afligida tierra
Y eternamente despedaza al mundo,

Como el iris fugaz que en la tormenta
Se tiende por la nube denegrida,
El arte su fulgor divino ostenta,
Reanima el orbe, y á la paz convida.

¡Murillo, Zurbaran! ¡nombres que viven
Perpetuos como roca diamantina!
Las edades que vienen los reciben
De la edad que en el suelo se reclina.

Y siempre existirán, aunque los mares
Devoren cual un tiempo el continente,
Los bardos lo dirán en sus cantares,
Remotos volarán de gente en gente.

Que el nombre por el viento vuela solo
Aunque el hombre perezca y sus creaciones.
Murió allá en Delfos el soberbio Apolo
Mas conocen á Fidias las naciones.

Y es en valde que el cráter inhumano
Vomite de un volcan ardiente lava,
Que enmedio de las ruinas de Herculano
Halla el curioso el nombre que buscaba.

¿Y qué gloria mayor? ¿qué otra corona
Mas noble que el laurel luciente de oro?
¿Dónde mas bello amor que una *madona*
Sentada enmedio de celeste coro?

¿Qué mas grande placer que ver patente
De reñida batalla el vencimiento?
El héroe vive aun, y reluciente
Se ve la espada y el pavés sangriento.

Se ve fuerte escuadron en lontananza
Asaltar con vigor murada torre;
Se mira á un paladin romper su lanza,
Se ve á un valiente que al vencido acorre.

¡Accion sublime que el pincel retrata,
Hecho que inmortalizan los cinceles!
Y la posteridad humilde acata
Los nombres de Vandik y Praxiteles.

Que el invencible tiempo no se atreve
A arrastrar al artista en su carrera;
Su férrea mano con pesar conmueve
Los prodigiosos mármoles de Herrera;

Y al desgastar furioso en la ancha Roma
El ya despedazado manto régio,
De su veloz cuadriga el fuego doma
Y respeta los lienzos de Correggio.

¡Gloria, gloria sin fin! alto renombre
Alcanza para siempre el grande artista,
Sin que la cruda guerra ya le asombre,
Ni el bárbaro furor de la conquista.

En buen hora coloque sus pendones
El inculto agareno donde quiera;
En buen hora ignorantes mil naciones,
Del mar inunden la árida ribera;

Del agua vagarosa el torbellino
Repetirá su nombre murmurando,
E impulsada tal vez por el destino
De roca en roca volará sonando;

Y al abismarse en el confin remoto,
Retumbando en cavernas de zafiro,
El salvage tronar del fiero noto,
Lo elevará al empíreo en raudo giro.

MIGUEL TENORIO.

La Calavera.

Y tú fuistes tambien: tambien un dia
Sobre los hombros de un mortal te alzabas,
La hueca tumba con desden mirabas,
Juzgándote inmortal.

Mas nada pudo de morir salvarte;
Pasastes ¡ai! como pasó tu sombra,
Cual pasará tambien el que te nombra,
Cual todos pasarán.

Cuando la voz tronando del potente
Caiga desecho el trono y el palacio,
Entonces ¡ai! en el inmenso espacio
Sola su voz se oirá.

Que hasta ese sol que vió del primer hombre
La paz hermosa de su ser primero,
Alumbrará la tumba del postrero,
Y morirá despues.

¡Y entónces ¡ai! si posible fuera
Romper la losa de la tumba quieta,
Y reanimar la mente de un poeta,
Y darle su laud!

Donde alcázares hubo, ancho vacio,
Profunda oscuridad do luz habia......
Hay en la destruccion mas poesía,
Mas que en la creacion.

Mas inspiran la mente del poeta
Los restos de Pompeya y Herculano,
Que el alcázar soberbio del tirano
Que aun se mantiene en pié.

Arde agitada recorriendo ansiosa
Los anchos campos de Austerlitz y Jena,
Pero vuela despues á Santa Elena
Y allí se inflama, allí.

Por eso bella ninguna
Inspiró la musa mia,
Como esa cabeza fria
Ese hueso que vivió.

Bajo su cráneo quizá
Hubo ardiente fantasía,
Quizá el gérmen de poesía
Allá en su seno brotó.

Y á esa frente descarnada
Al soplo de helada muerte
Quizá aprestaba la suerte
Inmarcesible laurel.

Quizá el destino del orbe
En su mente revolvia,
Y allá en sus sueños veia.
Régia corona y dosel.

Mas ora en vez de ese solio
Que imaginó tu deseo
Coronas al mausoleo
Que se levantó al poder;

Pero el pueblo en su plegaria
Nunca se acuerda de tí,
Le estas infelice allí
Recordando otro que fué.

Junto á la cruz colocada
Eres signo religioso,
O sarcasmo vergonzoso
Lanzado á la humanidad:

Mortales, que en ella solo
Veis de la muerte un emblema,
Sabed que es un anatema
Escrito en la eternidad.

Enseña lo que es el hombre
O lo que ser debería;
Recuerda futuro dia
O es recuerdo del de ayer:

En su mirar nos revelá
La existencia de otra vida,
O esa esperanza querida
Nos arrebata cruel.

Hermosos ojos quizá
Brillaron en esos huecos
Miradlos ¡ai! estan secos
Secos quizá de llorar;

Y llorar por una ingrata
Que de tu suerte se rie........
Tal vez te olvida y se engrie
En brazos de otro mortal.

El mismo labio que tu
Entre los tuyos sentias,
El mismo donde imprimias
Ardientes besos de amor,

Quizá besa ya otro labio,
Pronuncia otro juramento......
Torna á la vida un momento,
Castiga á la desleal.

Tiende tu mano huesosa
Sobre su manchado lecho
Y en su palpitante pecho
Unde el sangriento puñal:

Y gota á gota su sangre
Cayendo sobre tu losa,
Ejemplo será á otra hermosa
Y ofrenda á la sociedad.

Mas no sientas tu destino
¿Qué es, infelice, la vida?
Una esperanza fallida,
Una sombra nada mas......

¿Fué tu destino perecer luchando
Del Guadalete en la sangrienta orilla,
Cuando rotos los tercios de Castilla
Triunfó el bravo Tarif?

¿O enemigo quizá del Nazareno,
Esclavo fiel del pérfido profeta,
Rasgó tu corazon mortal saeta
De un hijo de la cruz?

¿Viste quizá las naves aprestarse
Que al viejo mundo el nuevo entrelazáron,
Las naves ¡ay! que su quietud trocáron
En dura esclavitud?

¿O al respirar el aura de la vida
La voz de libertad habia sonado,
Y la espada miraste de un soldado
Por un cetro trocar?

Ondo respeto tu mirar me inspira,
Tu fuiste un dia como ahora soy;
Quien sabe si al morir el sol de hoy
Tal como tú seré.

Francisco Grandallana.

ROMANCE MORISCO.

La despedida de Omir.

Linda Jaira, linda Jaira,
Tan ingrata como hermosa,
Mas dura que el alto risco
Donde se estrellan las olas.
Levanta el enhiesto cuello
De las pérsicas alfombras
Que mullen el albo lecho
Donde entre sedas reposas.
Por piedad tu algimez abre,
Sal á tus rejas ahora
En que el astro de la noche
Apaga su clara antorcha.
Ahora que se escuchan solo
Del Dauro las limpias ondas
O al alto Generalife
Meciendo las verdes copas.
Ahora que acaso despierto
Revolando entre las hojas
El ruiseñor solo vela
Cantando á la fiel esposa.
Sal, sal que los blandos ayes
Que dá la andaluza tiorba

Nunca venden los secretos
De la cita misteriosa.
Oye de tu Omir amante
Los suspiros y congojas
Que la mísera garganta
De pena y dolor ahogan.
Dime, te ruego, bien mio,
Si tu esquivez desdeñosa
Con mi humildad mas se irrita
Y su rigor mas redobla.
¡Ay! que si en delirio amante
Mi corazon mas te adora
Tú en su daño te conjuras
Y tu impiedad mas enconas.
Dos veces me repulsaste
Bien cual cruda cazadora
Que dos veces hiere al ciervo
Que á sus pies la vida implora.
¡Quién tal creyera, bien mio,
De tu amistad amorosa,
Quien desabridas razones
De tu voz dulce y sonora!
Primero encontrar creyera
Entre azahar la ponzoña,
O la astucia de las sierpes
En la inocente paloma.
Mas tal es mi suerte impía
Que do quier mi mano toca
En carbon torna las dichas,

Los gustos en vanas sombras.
Si en la fuente el labio aplico
Su puro raudal se agota,
Para mi la blanda cera
Se trocará en dura roca.
Nadie es sensible á mi llanto,
Nadie parte mis zozobras,
Agenos pesares siento,
Y nadie ¡ay! conmigo llora.
Por ello tu amor buscaba
Pensando ¡esperanza loca!
Que mi triste desventura
Moviera tu alma piadosa.
Mas no, que mi puro fuego
Solo tus iras provoca;
Quien sabe si en este punto
De mi dolor mas te mofas.
¡Ay! mal me pese esta llama
Que me quema y me devora
Sin consumir de la vida
La trama sutil y odiosa.
Permita Alá que en la vega
Roto el arnés y la cota
De la lanza de Gonzalo
Halle la muerte mas pronta.
Que este bien quiero deberle
A tu impiedad rigorosa,
O al soberbio castellano
Que nuestros campos asola;

Y al sentir dentro en mi pecho
Que el corvo hierro se troncha,
Descuidando la venganza
Pues la muerte ¡ah qué me importa!
Volveré los turbios ojos
Al alto Alhambra en que moras,
Por si en sus anchos adarbes
A inquirir la lid te asomas.
Verás de allí á mi caballo
Corriendo, las riendas flojas
Botar al yerto ginete
En la arena polvorosa;
Verasme en las negras andas
Envuelto en fúnebres ropas,
En los hombros de mis deudos
Venir con lúgubre pompa;
Verás mi pecho manchado
Con mil huellas sanguinosas,
Verás sin luz ya mis ojos,
Cárdena la triste boca.
Si esta imágen te lastima,
Una lágrima tan sola
Sobre mi tumba derrama,
Y asi aplacarás mi sombra.
Quien sabe si al propio instante
¡Oh qué funesta memoria!
A mi rival venturoso
Darás de amor la corona.......
Adios, Adios para siempre,

Plegue Alá que pronto oigas
En lamentables endechas
El fin de mi triste historia.

El Solitario.

A la Catedral de Sevilla.

FRAGMENTOS.

I.

De la fe y del entusiasmo
Soberana produccion,
De tanta generacion
Asombro, respeto y pasmo,
Y del mundo admiracion:
  Grande y magnífico templo
Digno del Omnipotente,
Que en tí mora eternamente:
Cuando absorto te contemplo,
¡Cuan alto vuela mi mente!
  Sí, desde el espacio inmenso
Ve tu torre y botareles,
Y de Dios á los doseles,
Entre el humo del incienso,
Subir la voz de los fieles.
  Ni la vista audaz que emplea
El aguila frente á frente
Con el sol, cuando campea
Allá en el zenit desea;
Ni su volar eminente.
  Pues que de tí enamorada
Mas rauda vuela, mas ve:

Por las dos potencias, que
Te formaron animada,
El entusiasmo y la fe.
Sí, que en fe santa y entusiasmo ardieron
Los no contaminados corazones
De aquellos piadosísimos varones,
Que "*levantemos al Señor*" dijeron,
"*Un templo tal, que la futura gente*
Por locos nos repute,
Cuando en él reverente
Busque consuelos y oblacion tribute."
A tales palabras luego
Ardió una generacion,
A quien diera el cielo en don
Un entusiasmo de fuego,
Una fe de exaltacion.
Y un pobre albañil, obscura
Y ya olvidada criatura,
Que ni midió el capitolio,
Ni estudió á la Grecia, solio
De la docta arquitectura;
De fe y entusiasmo ardiendo,
Vió en sueños tu mole santa:
Y acaso tambien durmiendo,
Su mano un ángel rigiendo,
Trazó tu gigante planta.
Y un pueblo todo
Arde, se agita,
Y la mezquita

Desapareció.
Pero la torre
Quedó empinada,
Porque manchada
Nunca se vió.
No, que en su cumbre el árabe Almuedano
"Solo hay un Dios" gritaba;
Y donde la verdad se proclamaba
Era triunfal padron para el cristiano.
....

II.

Sobre la casa hundida de la luna
Plantóse el templo del Señor triunfante,
Como sobre un sepulcro alegre cuna,
Como una santa cruz sobre un turbante.
Un siglo entero de entusiasmo y vida,
Vida de fe, se afana,
Y la insigne basílica cristiana
Nace, y álzase erguida,
Hasta escuchar sus bóvedas *hossana.*
Que aquel siglo de arrojo y energia
Solo, con sus esfuerzos seculares
Pudo alzar en los hombros los sillares,
Que obscurecen al sol de medio dia
Otro siglo en pos vino
Aun de entusiasmo y fe, y aventajado
En poder, en cultura y en riqueza,

A dar cima al portento peregrino,
Al Dios omnipotente consagrado:
Monumento de triunfo y de grandeza,
Padron de eternidad para Sevilla,
Admiracion del mundo y maravilla.
...... Ese templo es una historia
De piedra, que nos dejaron
Dos siglos que ya pasaron,
Pero que viven en él.
Pues en él se ve y medita
De su entusiasmo y fe santa,
Y de su poder que espanta
El vivo trasunto fiel.

....

III.

Dos centurias allí...... Despues vinieron
Otras de corrupcion, que ya gigantes
De entusiasmo y de fe no produjeron.
Indignas de memoria,
Aunque ricas, triunfantes,
Y sabias, no pudieron
Otra página dar á aquella historia.
Obras monumentales
Son huellas de los siglos colosales,
....
....
Seres aislados nada pueden, nada,

De arbustos que verdean
Raros aquí y allí, por la abrasada
Region inmensa del desierto mudo,
Y con el viento quemador pelean,
Jámas formarse un bosque eterno pudo.
El entusiasmo y fe cuando no abrasan
A todo un siglo, á una nacion entera,
Meteóros son que brillan y que pasan
Sin el rastro dejar de su carrera.
Ardieron en aislados corazones
Mas..... ¿qué es un corazon?...... Insigne Cano.
Inspirado Murillo,
Cuya paleta el brillo
Venció de la paleta de Ticiano,
Montañes y Becerra:
De entusiasmo y de fe fuisteis varones,
Pero solos aislados en la tierra.
¡Ay! tan solo os fue dado
A la historia de piedra una espresiva
Guirnalda de laurel y siempreviva
Poner, y en sus sillares estampado
Vuestro nombre dejar, como el viagero
Lo deja en las pirámides grabado.

IV.

Mole santa, templo augusto,
Del Omnipotente gloria,
De insignes siglos historia,

Obra de entusiasmo y fé.
¿Quién es el necio, el impio
Que te mira indiferente,
Que sin pasmo reverente
Osa en tí estampar el pie?
Quién, cuando en pompa de solemne dia,
Mira un pueblo postrado
Delante de tu altar de oro, velado
Con blanca nube que hasta el cielo envia
el sacro aroma del quemado incienso;
Y de tu espacio inmenso
Los ámbitos llenar oye turbado
Tempestades de altísona armonía,
Con que al pausado coro
El órgano sonoro
Y las campanas que en los aires zumban
Responden, y tus bóvedas retumban;
Y por encanto superior parece
Que habla tu inmensa mole y se entremece;
¿Quién desconoce estar en la presencia
De la sabia eternal omnipotencia?
¿Quién no va allí á pedir con fé victoria
Y para España libertad y gloria?
Pues cuando del ocaso en los canceles
El moribundo sol entre celages
Refleja en tus pintados ventanages,
Y aun dora tus gallardos botareles,
Y de soslayo tu morisca torre;
¿Qué mortal si recorre

Tus solitarias naves
No se halla de pavor sobrecogido;
Y al escuchar de las campanas graves
El pausado quejido
Y clamorosos sones,
Con que al mundo adormido
Recuerdan las nocturnas oraciones;
Delante del altar que apenas brilla
A la luz amarilla
De misteriosa lámpara, la frente
No hunde en la tierra helada,
Y ora, y teme, y espera, y se anonada?

V.

En tí de noche y dia
Si osa entrar el impío
Se siente de horror frio
El duro pecho helar.
Y que un manto de plomo
Le abruma y le confunde,
Y que en tierra se hunde
Sin poder respirar.
Y en tí de noche y dia
El que por la fé vive
Nuevo aliento recibe
Ensancha el corazon.
Bendice si es dichoso,

Si es desdichado llora,
Y le es consoladora
La voz de la oracion.
Insigne Catedral donde Dios vive
Eternamente, donde el cuerpo santo
Del Rey conquistador culto recibe,
Dó yace el sabio Rey, dó brilla tanto
Trofeo de victoria,
Encanto, Iglesia, monumento, historia:
¡Mientras mas te contemplo y mas te admiro
Mas entusiasmo y pura fé respiro...!
Salve, portento santo, y sin segundo,
Gloria de España, admiracion del mundo.

A. de Saavedra,
Duque de Rivas.

El Gondolero.

Envuelta en su manto, dormida en el mar,
Venecia recuesta su sien indolente;
Y brisa agitada temblando al pasar
Las rosas refresca que ciñen su frente.

Perdidas agujas de torre gigante,
Los rayos reflejan de luna que brilla,
Y en ellas quebrando su luz amarilla,
Moverse parecen en grupo distante.

Plegarse en las aguas, perderse en el viento,
A ratos se escucha un vago sonido,
Tal vez carcajada, tal vez un lamento,
Tal vez el resuello de un pueblo dormido.

Tal vez profundo sollozo,
Que arranca del hondo pecho,
Aquel que en húmedo pozo
Tan solo encuentra por lecho
Las piedras de un calabozo.

Tibia luna balancea,
Colgada en el firmamento,
Y su rayo amarillento
Ligeros pliegues blanquea,
Que alza en las aguas el viento.

A su luz el Gondolero
Himno de amor placentero
Vierte en la bullente espuma,
Al son del remo ligero
Como el batir de una pluma.

Ve del noble la sonrisa,
Que en rico almohadon tendido,
Cruza silencioso el Lido,
Sobre su bote adormido
Al aliento de la brisa.

Y mas allá hay otros cien,
Y otros cien nobles en ellos,
Y en juegos de luz muy bellos
Desprenderse mil destellos
Desde la popa se ven.

O vé en el canal orfano
Que sobre la espuma riza
Negra barca se desliza,
Que impele robusta mano.

Barca sin armas, sin nombre,
Solo en ella hay una luz,
Bajo la luz una cruz;
Y bajo la cruz un hombre.

Silencioso se levanta,

Y la saluda al pasar,
Sin atreverse ni á orar,
Porque sabe que han de ahogar
La oracion en su garganta.

O ya el beso celestial,
Oye de feliz pareja,
Mezclado al ¡ay! funeral
De alguno que el mundo deja
Sepultado en el canal.

Y el entretanto indolente
Ve mezclarse en el ambiente
Un beso y un esterlor,
Mientras canta dulcemente,
A Venecia y á su amor.

"Venecia la encantadora,
La querida de los mares,
Cuya frente seductora
Ciñe amor con sus cantares,"

"Un mar de luz se levanta
Y de armonía en tu sien,
Y de oro y azul tambien
Otro mar besa tu planta."

"Hoy vaso de oro quebrado,
Ayer de reyes la copa;

Ayer magnífica ropa,
Hoy un manto desgastado."

"Mas aun quedan tus mugeres,
Tu ruidoso carnabal,
Y la risa bacanal
Que evaporan los placeres."

"Queda el voluptuoso ardor
De tus citas y festines,
En deliciosos jardines
Deshecho en besos de amor."

"La bella, esta, que me inflama.......
Hermosa á mis brazos ven,
Reposa en ellos tu sien,......
¿Quién en Venecia no ama?"

"Ven, mientras la villa duerme,
Me adormiré á tu cantar,
Cual mi góndola se aduerme,
Con los cantares del mar."

Fernando de la Vera.

El Aire.

Composicion dedicada al Excelentísimo Señor Duque de Rivas.

Ora cual destructor zumbes osado
Agitando del orbe los cimientos,
Ora por el espacio dilatado
Vagues con apacibles movimientos,
Siempre grande te ostentas y sublime;
Tu magestad me inspira
Y con gozo en mis versos te cantára,
Si grandiosa cual tú fuese mi lira.
Yo quisiera pulsar las cuerdas de oro
Y en cada vibracion mirar grabado
De eternidad el sello idolatrado.
¡Qué dulce es no morir!
En mis versos imprime el poderío,
Con que te ornó la próvida natura,
Y eterno con tu nombre será el mio.
¡Mas ay! la edad futura
Acatará por siempre tu memoria,
Y yerta sepultura
Será página triste de mi historia.
—Tu eres el cielo que el mortal admira,
Donde miles de estrellas:

Y hermosas todas ellas
Forman esmalte de la noche umbria,
Tú das vida al mortal, belleza al dia.
Si un azul trasparente hay en la esfera
Tú lo formas tambien;
Y al sol luciente
Tu le mueves su rubia cabellera.
Subes osado hasta su escelso trono,
Y no á fuer de vasallo te presentas,
Le hablas mas bien con arrogante tono.
Astro inmenso le dices,
Tu eres solo señor de medio mundo;
Si el otro medio conquistar intentas,
Pierdes el anterior, y yo potente
Penetro hasta el abismo mas profundo,
Y subo hasta la esfera mas luciente:
Lleno á la vez los ámbitos del mundo.
Un recuerdo le ofreces á mi mente,
Si mas sencillo, para mi mas grato.
El pendon ondeaste de Castilla
Llenando de pabor al Agareno
En la torre coloso de Sevilla.
Tu le diste el impulso á nuestras naves
Haciéndolas volar á un nuevo mundo
Donde el leon rugiese castellano;
Y el cetro soberano
Estendiese la España, y su memoria
Escribiese á los siglos
Con letras de diamante,

En las páginas de oro de la historia.
  Mil lenguas de metal tambien sonaron
Y por tí sus acentos se escucharon,
Anunciando á la España independencia,
Y dulce libertad:
Cuando el tirano
Que al orbe entero subyugar queria
Vencido del esfuerzo castellano
Rindió su triunfo ante la patria mia.
  —Aire sublime, ni los ecos gratos
Recibir te desdeñas, ni los tristes:
Cuantas veces palabras de ventura
Habrás llevado al corazon amante
Y el pecho palpitante
Agitando á tu voz sus movimientos
Exshalára dulcísimos acentos.
  Y cuantas, fiel amigo,
Recordando del triste la memoria
Que bajo losa fria
Ni una página espera de la historia
Haces sonar la funeral campana,
Y al insensato dices,
Tambien su sueño dormirás mañana.
  —Los primeros acentos de amor grato
Escuchaste tambien de los vivientes,
Mas puros é inocentes,
Que de un cándido niño el fiel retrato.
  Recuerdas ¡ay! del paraiso hermoso
El dulce sueño con que Adan durmiera,

Y el despertar dichoso,
Mirando junto á sí la compañera.
Y aquella candidez, y la ternura,
Y delicados besos,
Con que sin mancha su inocencia pura,
Tu eres hueso, le dice, de mis huesos.
¡Oh cuanta gratitud te debe el hombre!
Cuando contempla el alma,
De la noche el silencio y triste calma
Y ansiosa espera el sol de un nuevo dia
Tu formas una aurora
Que nos anuncia pia
Al astro bello, que los campos dora.
Y cuando el hombre en sepulcral tristeza
Se quedára mirando al occidente
Arrebatar del venturoso oriente
Su mas alto esplendor y su belleza,
El crepúsculo formas de la tarde
Preparando al mortal para su luto
Y alguna luz arrebatando al dia
Que exije tu poder como tributo.
¿Y es posible á quien tantos beneficios
Ofrece al triste mundo,
Levantar furibundo
Y estrellar á millares
Las turbias olas de los anchos mares,
Semejando de infierno la atroz guerra,
Y al choque retemblante,
Amenazar al hombre y á la tierra.

Y al fuego del volcan dar incremento
Que sus entrañas romperá algun dia,
Y en polvos, y en cenizas, y en escombros
Tornará monumentos y ciudades,
Que acataron sumisas las edades:
Y elevará con furia
Al empuje violento,
Sus piedras y su lava al firmamento?
La voz de la creacion resonó un dia,
Y por tí los vivientes la escucharon.
Tambien el ronco acento
De la final trompeta
Por tí retumbará, y el firmamento.
Esos globos de fuego, que sujeta,
Hará que se desplomen sobre el mundo
Al escuchar tu voz, y que en cenizas
La tierra transformada,
Busque asilo en el seno de la nada.
Aquese es tu poder, aire grandioso,
Si destructor te ostentas, yo te admiro;
Si te muestras benigno y bondadoso
Tambien cual genio protector te miro.
Y de envidia tambien mi pecho llenas,
Y en ansias ardo de volar contigo,
A recibir los ecos, que recibes,
Y de todas tus dichas ser tëstigo.
No los secretos escuchar quisiera;
Que los hombres á tí te rebelaron,
Y el destino tal vez de Europa entera,

Imprudentes á ti lo confiaron.
Ni en alas de ambicion volar aspiro
El orbe entero á recorrer osado
Por conseguir efímero trofeo;
Mas dulce es mi deseo;
Invisible cual tú sondear quisiera
El tiérno pecho de mi bella amada;
Ver si late de amor, cual late el mio,
Y si á mi fuego con su fuego paga.
Do quier la sigues, que su planta mueve,
Y cruzando tranquilo el blanco velo
Con gracia agitas su cabello leve.
En tanto yo, que solitario y triste,
Solo puedo ofrecerle el pensamiento,
Envidio la ventura que tuviste,
Y mi desgracia, y mi dolor lamento.

JAVIER VALDELOMAR Y PINEDA.

El Incienso del Templo.

No es tan grato el aroma de las flores,
Mecidas por el aura vagarosa,
Ni el ensueño fugaz de los amores
En brazos de la noche silenciosa;

Como esa nube que mis ojos miran
Ondular en el templo del Señor,
Dulces vapores que en los aires giran,
Perfumes del incienso bienhechor.

Del órgano al sonido melodioso
El preste lo bendijo ante el altar,
Y ví elevarse raudo, magestoso
El humo denso que miré brotar.

Llegó á las aras dó el Eterno mora,
¡Ay! del misterio en el cendal velado:
Su faz besó que el serafin adora
Ante su trono de zafir postrado.

Y velando las formas de Maria
Madre del Verbo inmaculada y pura,
Nube parece dó se oculta el dia,
Dó se guarda la cándida hermosura.

Estendióse en el ancho pavimento
Cual se estiende la niebla matinal,
Bello como el color del firmamento,
Sublime como el aura sepulcral.

Bañó la tumba dó la Vírgen llora
Su yerto amor, su eterna desventura,
Y aquel rostro que el llanto descolora
Retinó con su mística blancura.

En su pecho doliente y abrumado
Bálsamo de consuelo derramó,
En las tiernas plegarias empapado
Que del labio del justo recogió.

Y al recibir la suya fervorosa
De nuevo por el templo discurria,
Cual vaga esencia de jazmin y rosa
En los jardines de la patria mia.

¡Incienso encantador! tu eres la nube
Que la virtud esconde en este suelo,
Reposando en las alas del querube
Como en los aires el azul del cielo.

Nunca empañas tu cándida pureza
Del hombre en los festines ostentosos,
Ni adulas el placer de la belleza
Reclinada en sus brazos amorosos.

Del mundo es el aroma que respiran,
Profano como el oro que brillára,
Impuro cual los hálitos que giran
Del hombre en torno que á su fin llegára.

Ni en su mullido lecho el sibarita
Percibirá tu ambiente delicioso:
El fuego del amor allí se agita,
Tú vagas en el templo respetoso.

El templo Salomónico vió un dia
En tu seno perderse su esplendor,
Cuando su inmensa mole estremecía
De cien pueblos el canto vibrador.

Remolinos de espuma de los mares
Me parecen tus ráfagas vistosas,
Al envolver magníficos altares,
Al recorrer las naves espaciosas:

Y agolpada la nube cenicienta
Salirse quiere en los dorados techos,
Como el denso vapor de la tormenta
Del espacio en los límites estrechos.

Tú mitigas del hombre las pasiones
Que su pecho cual sierpes desgarraron,
Teñidos en veneno sus arpones
Que de una copa funeral tomaron.

De ellas tambien el infernal rugido
Mil veces con espanto escuché yo,
Cual si escuchara el eco repetido
Del torrente que al mar se despeñó.

Y maldije convulso mi existir,
Y pregunté tambien en mi demencia,
¡Donde está mi risueño porvenir!
¡Donde del Dios potente la clemencia!!!

Ni los ecos mi acento repitieron;
Ni en las tumbas tampoco sonaria......
¡*Las tumbas al proscripto desoyeron,*
Solo le resta mísera agonía!!!

Y como chispa de volcan ardiente
Mi megilla una lágrima quemó......
Un obscuro vapor cubrió mi frente,
Mi vida en sus cimientos retembló......

Mas al sentir tu ambiente perfumado,
¡oh incienso de los cielos desprendido!
La religion mis penas ha calmado,
Y de mi pecho se apagó el latido.

Como un Dios en vapores transformado,
Consolador del mundo en su afliccion,
Te miro yo junto al altar postrado;
Recibe mi profunda adoracion!!

Ver no pueden los hombres la hermosura
Del Dios inmenso que los cielos dora:
Ha tomado por eso tu figura,
Sublime, celestial, encantadora......

¡Oh si al salir del mundo aborrecido,
Reclinado en mi lecho solitario,
Bañarás mi semblante entristecido
Al grato resonar del incensario!

¡Con tu aliento mezclándose mi aliento
Al convulso finar de la agonia,
Mi espíritu contigo al firmamento
El angel de la vida llevaria!!!

Francisco Rodriguez Zapata.

Tu amor ó tu amistad.

Muger de talle garboso,
Mas bella que la esperanza,
¿Por qué el destino se lanza
Con crudeza entre los dos?
¿Por qué cuando yo te he visto
Hermosa como la luna,
Nos separa la fortuna
Y todo el poder de un Dios?

¡Ay! ya no puedes mirarme,
Jóven con rostro alhagueño:
Por siempre tienes ya un dueño
Y es suyo tu corazon;
Y suya tu blanda risa:
Son suyos !ay¡ tus encantos,
Y á mi me quedan los llantos,
La amargura y la afliccion.

La maldita suerte mia
Me condena !oh desventura¡
A contemplar tu hermosura.
Contemplarla y padecer:
Padecer eternamente,
Sin gozar ya acá en el suelo

Ni una hora de consuelo,
Ni un instante de placer.

Ese dichoso que puede
Decir sin temor "te sadoro,"
Cuando niño en copa de oro
Nectar divino gustó:
Y entonces sin duda fuera
Mecido en cuna de flores,
Y blando soplo de amores
Su cabellera agitó.

Que á ninguno sería dado
Lograr tan grande ventura,
Ser dueño de tu ternura,
Y ¡ay! á tu lado vivir,
Si los dioses no lo hubiesen
Acariciado en la cuna,
Mostrándole la fortuna
Delicioso porvenir.

Jóven hermosa, ¿ese hombre
Lo que tú vales entiende?
¿El precio, dime, comprende
De tu rostro encantador?
¿Sabe que en belleza escedes
A las sílfides indianas,
Mas apuestas y galanas
Que la vírgen del amor?

Tal vez ¡oh Dios! desconoce
Cual rica joya posée,
Y acaso ignorante cree
Que vales muy poco tú;
Tú, por cuyo amor yo diera,
Muger de lánguidos ojos,
Blanca tez y labios rojos,
Todo el oro del Perú,

Muger divina, yo sí
Que con ternura te amára:
Si, hermosa, yo te adorára
Con devorante pasion;
Y en lugar de las riquezas,
Que á veces duran un dia,
Un alma ardiente daria,
Y de fuego un corazon.

Mas ¡ay! es vano el lamento
Que arroja mi triste lira,
Y si mi pecho suspira,
Es vano su suspirar:
Que se pierden mis quejidos
Sin tú escucharlos, bien mio,
Como el murmullo del rio
Entre las olas del mar.

Muestra una dulce sonrisa
A tu infeliz amador,

Y calmarás su dolor
Y su ferviente inquietud.
Solo tu risa pudiera
Templar mi ardoroso fuego......
Muéstrala, jóven , y luego
Conserva allá tu virtud.

Y ya que no halle en tu pecho
Mi amor ninguna acogida,
Otro afecto, dulce vida,
Me consuele en mi horfandad.
Dame pasar á tu lado
Algunas horas serenas:
Tenga en medio de mis penas,
Si no tu amor, tu amistad.

JOSE MANUEL TENORIO,

El Sauce.

Todo aspira vida nueva
Con la púrpura del sol,
La blanca niebla se eleva
Mientra el céfiro la lleva
Entre nacar y arrebol.

Lentamente su capullo
Abre la tímida flor
De las brisas al arrullo;
Todo en la tierra es murmullo
Todo en el cielo esplendor.

Solo tú, sauce doliente,
Insensible á tal belleza
No alzas al cielo tu frente,
Y en la orilla tristemente
Bajas tu hermosa cabeza.

En vano bañan tus ramas
Las ondas puras del rio,
Que vuelven del sol las llamas
Y se rizan como escamas
A las auras del estio.

En vano tímida amante
La fresca brisa procura
Calmar tu pena, y constante
Cubre tu sien vacilante
Con perfumes, con frescura.

Creces, oh sauce, doblado
Como la yerba en el mar;
Siempre ante el viento inclinado,
Al dolor predestinado,
Es tu existencia llorar.

Mas sensible que las flores
Tú no insultas la afliccion,
Con perfumes, con olores;
Tú comprendes los dolores
De un cansado corazon.

Tu vida es la del mortal,
Como el tuyo es su gemir,
Y esa existencia fatal
Es la vida universal;
Es nacer, sufrir, morir.

Salvador Bermudez de Castro.

A un niño.

Pues que un tierno pecho
Aun pesares no siente
Duerme ¡niño inocente!
Bajo las alas del paterno amor.

Yo tambien huerfanito
En mi niñez dormia,
Y feliz en mi sueño no sentia
Al padre que la tumba me robó.
Y aunque sus dulces besos
No halagaban mi frente,
Yo en mi sueño le ví ¡cuan inocente!
Y mi sien en su seno reposó.

Y despues las pasiones,
Este volcan eterno
Que arde en mi pecho como el mismo infierno
Y que inflamó la voz de una muger,
Me devora, hijo mio,
Y maldigo mi suerte,
Pues quiero mas la destruccion, la muerte
que este continuo afan y padecer.

Y aun en mis brazos llevo
Señal de las cadenas,

Porque esclavo nací y libre apenas
Vi á los libres la patria mancillar.
La amistad....! es un capricho.
¿Tengo yo acaso un amigo
Que comprenda mi amor, llore conmigo
Y acompañe mi amarga soledad?

No despiertes, no ¡niño!
A tanta desventura,
Que este mundo de hielo en su locura
No comprende ni dicha, ni dolor,
Y puesto que tu pecho
Aun pesares no siente,
Duerme ¡niño inocente!
Bajo las alas del paterno amor.

Pedro de la Puente y Apezechea.

El Soldado.

I.

En noche serena la luna brillaba
Con trémulos rayos de pálida luz:
El sordo murmullo del viento zumbaba
Allá entre las cañas y el tierno abedul.

En medio de bosques el campo guerrero
Sembrado de hogueras ardiendo se ve,
Rechinan los carros cubiertos de acero,
Retumba el relincho del bravo corcel.

Allá en las almenas que un tiempo fundára,
Ilustre caudillo que al moro venció,
Allá entre crujidos de ardiente almenara,
De "alerta" el soldado repite la voz.

Y apenas la aurora su tálamo rompa
Posada en su trono de plata y carmin,
Dirá á los valientes la bélica trompa
Con ecos de gloria venced ó morid.

II.

Un soldado á quien la suerte
Dió por premio noble herida,
Alza su frente abatida

A la alarma que escuchó.
Suena el parche, deja el lecho,
Empuña tajante espada,
Y con la mecha inflamada
Firme llega hasta el cañon.

Este brazo ensangrentado,
Con fuerte acento gritaba,
Traidora furia domaba
De mil contrarios y mil.
Con su sangre, con su acero,
Con su noble bizarria,
A otra frente sostenia
La corona este infeliz.

III.

"Compañeros"
No hay mas gloria,
Mas victoria
Que el honor.
Que una patria
Es un suplicio
Cuando jime,
Donde hacemos
El sublime
Sacrificio
Del valor.

Sus, muramos,

"Clamó ciego"
Que este fuego
Es la gloria
Que la historia
Nos dará.
Y el mortero
Que ora retumba
Noble tumba,
Polvo inmundo,
Que ni el mundo
Mirará.

IV.

Es la vida del soldado
De la gloria el gran camino:
Mas cumplido su destino,
Sin gloria y vida quedó.
Ni la fama dirá al mundo
Que otro imperio se ha fundado
En la huesa del soldado,
Del valiente que murió.

V.

Siempre esforzado,
Siempre guerrero
Dó fué el peligro
Allí acorrió.
Vedle en las brechas
Ser el primero

Que con su acero
Victoria dió:
O en frágil pino
Surcando mares,
Llevar sus lares
A otro confin.
Clavar la enseña
Que triunfadora
Bate los aires
Allá en la aurora,
Bate los aires
Del mundo al fin.

VI.

Mas "valientes" esto es nada:
Los rigores de la suerte,
Los rigores de la muerte
Siempre el bravo despreció:
Y á los silvos de las balas,
Al tronar de los cañones,
No temblaron corazones
Que ora tiemblan por amor.

Esas dulces compañeras,
"La mitad de nuestra vida",
Ora lloran la partida
Del esposo que es su sol.
Tal vez en aqueste instante
Traspasadas de dolores

Con sus hijos, sus amores
Tiendan los ojos á Dios.

Tal vez sus trémulas manos
En el bosque de Diana,
Enlazan rosa temprana
A los ramos del laurel.
Y tal vez esas coronas
Que al triünfo nos preparan,
En la tumba del que amaran
Irán yertas á caer.

VII.

Infelices!
Solo llanto
Vuestra estrella
Reflejó.
Maldecida
Aquella hora,
Maldecida
Siempre fuera
Que os uniera
Fiero el hado
A un soldado
Por amor.

VIII.

Llorad, sí, llorad hermosas
Que es llorar vuestro destino,

Y ese llanto peregrino
Nuestras huesas regará.
Entonces allí postradas
Con los hijos inocentes,
Vuestros labios balbucientes
"Patria" "patria" clamarán.

Y la patria ensordecida
Al clamor de la inocencia,
Solo al Dios de la clemencia
Vuestros ayes legará.
Que los premios que ella ofrece
A los hijos de un soldado,
Son las tumbas polvo helado
Dó á su padre llorarán.

Mas ya zumba compañeros
El clarin que á la lid llama,
Y en el pecho ya se inflama
De un valiente el noble ardor.
A la patria á quien servimos,
Serles fieles le juramos,
Pues marchemos y muramos:
Nuestra vida es el honor.

Pedro Manuel Monti y Sorela.

Los recuerdos.

Encantos del amor; me habeis dejado
Ese la ferviente edad de las pasiones,
Cuando este corazon enamorado
Surcaba un mar inmenso de ilusiones.
Envuelta entre placeres mi existencia
Amor el universo me mandaba;
Las flores perfumaban con su esencia
El sueño feliz, que disfrutaba.
Arrullaban suspiros amorosos
El alma de los goces agoviada,
Y los dias huian presurosos
En brazos de mi ardiente enamorada.
¡Qué placer ver su seno palpitante
Que abrasado de amor ni aun respiraba!
¡Cuántas veces su célico semblante
Esta débil razon aniquilaba!
Su espresion inflamada de ternura,
Su entusiasta mirar y lozanía,
El delicado talle y donosura
Que á la palma venciera en gallardía.
Era la bella flor con que la aurora
Saluda al astro rey allá en oriente;
O dulce filomena que canora
Acompaña el suspiro de la fuente.
¡Qué de vida y placer yo disfrutaba!

Natura ante mi vista se reia,
Sus recónditos senos me mostraba,
Y en fuego abrasador la frente ardia;
Mas mi dicha pasó cual sombra vana,
Solo el recuerdo guardará mi mente
Como el lúgubre son de la campana
Que los ecos repiten sordamente.
¡Qué feliz, si en el áspero desierto
Esta existencia hubiera sepultado!
Solitario arenal, mi paso incierto
Solo quisiera en tí ver estampado.
Allí madre comun, naturaleza
En tu seno viviera reclinado,
Y el alma contemplando tu grandeza
Entusiasmada ¡ay Dios! te hubiera amado.
La voz de las cascadas y torrentes,
El saludo del ave al nuevo dia,
O el viento que en las rocas eminentes
Sus ya caducas crestas deshacia,
Un sol abrasador carbon haciendo
La esbelta palma que hasta el cielo sube,
O el altivo leon feroz rugiendo
Al verlo encapotarse en densa nube,
Que magnífico estruendo es tu armonia
Recuerdos, porvenir, allí se ignoran,
La linda flor que marchitára el dia
Las brisas del oriente la coloran;
Esta escena á mi vista se presenta
Como el sueño de amor al desgraciado,

Es el faro del puerto que se ostenta
Al piloto despues que ha naufragado.
¡Ay! de aquel corazon que loco anhela
Descargarse del dulce sentimiento,
Salta los montes, por los mares vuela,
Y el recuerdo ahogará su pensamiento.
Hay seres á quien Dios ha destinado
Para eterno dolor en este suelo,
El desierto una flor les ha guardado,
Libremente el llorar su desconsuelo.
Si que en la soledad, aquel que gime,
Escucha hablar el eco á su lamento,
Y el infeliz, que entre los hombres vive,
Ni aun eso lo consuela en su tormento;
Que injusta sociedad, solo repites
Los báquicos cantares de la orgia,
Y al triste á quien llorar tan solo vistes
Le lanzas un sarcasmo en su agonia.
Dichosos los que gozan del retiro,
Los que nunca esta senda habeis hollado,
Vuestra vida se escapa cual suspiro
Que exhala corazon enamorado:
Sois la fuente que nace en la montaña
Y en las rocas se filtra su raudal,
Flexibles, cual sonante y débil caña
Jamas os troncha recio vendabal,
Que el huracan furioso de la vida
El débil por su frente ve pasar,
Y la robusta encina, envejecida

Siente su fuerte tronco destrozar.
No grabarán cinceles vuestros nombres
Sobre la losa del sepulcro frio
Y el gemir, y el llorar ¡ay! de los hombres
Os lo dará el ambiente y el rocio.

PEDRO ALCANTARA LIAÑO.

Al Sueño.

Dedicado á D. Manuel de Bedmar.

¡Dulce consuelo de mi triste vida!
Alivia mi dolor.... pueda tu encanto
Templar benigno mis amargas penas
Y en mis sienes ceñidas de beleño
Tienda sus alas el calmante sueño.

¡Qué ardor! ¡Qué frenesí! cuando mi mente
Entre ilusiones férvidas perdida
Apuraba el placer.... cuando risueña
La vida sus encantos me mostraba
¡Sueño consolador! durmiendo estaba.

Que es ilusion la dicha y vano sueño
Como el fuego de amor.... brilla en el alma
Cual refulgente sol allá en el cielo
Que súbito á la tierra desparece
Y al ausentarse el cielo se ennegrece.

Apagáronse ya mis ilusiones
Para nunca tornar... y no han dejado

Bálsamo dulce al ajitado pecho:
Sino ambicion del nombre de la gloria
Y un recuerdo de amor en la memoria.

Este anhelo de gloria me arrebata,
Yo quisiera dormir.... dichoso entonces
Entre sueño y amores anegado
Mi profundo dolor se calmaria
Y tranquilo mi pecho latiría.

¡Ay! ya los ecos de mi triste lira
Discordes sonarán.... ni el sol brillante,
Ni la modesta luna desde el cielo,
Ni la cándida flor en la pradera,
Podrá volverme á mi ilusion primera.

Un tiempo fue que la callada noche
Calmaba mi pesar.... sonaba el viento
En las ramas de álamo y del pino
Y cuando el rayo al suelo descendia,
Era mi amor, mi encanto, mi armonia.

Hoy sin el brillo de ilusiones gratas
Solo anhelo dormir.... plácido sueño
Preste á mi pecho la quietud que implora
Y si dispierto á padecer ¡oh cielo!
El huracan arrástreme en su vuelo.

Si han de secarse en el Abril las flores,
Si ha de libarse el nectar de la vida
Tan solo para el mal.... yo la desprecio:
Vivid hijos felices de la suerte!
Que yo mi dicha buscaré en la muerte.

Francisco Fernandez Golfin.

A mi querido amigo

D. Juan de Posada Argüelles

Octavas.

Ya el claro Febo con su lira de oro
Toca de cancer la mansion serena,
Y augusto vierte su inmortal tesoro
De luz y vida que los orbes llena
Con lento paso y murmurar sonoro
Resbala el rio en la llanura amena
Y en limpio espejo de bruñida plata
La rubia espiga y el agraz retrata.

Tambien la dulce cristalina fuente
Bajo las ramas de la selva umbría
Brota entre conchas y coral luciente
La linfa fuera como nieve fria:
A su risueña margen floreciente
Huye la oveja del calor del dia
Mansa paciendo por la fertil vega
La verde grama que en su curso riega.

Mientras que pace y amorosa bala
Con su cordero jugueton querido,

Y entre arrayanes de la selva gala
El perro espantador yace dormido,
Con dulce avena de la fiel zagala
Las gracias lindas de su amor herido
Canta el pastor en la pintada alfombra
Sentado al fresco de apacible sombra.

Todo me anuncia mi querido amigo
Tu fausto dia para mi sereno,
Que en gratos años celebré contigo
De dulce paz y de delicias lleno:
Tú de mis ánsias el mejor testigo
Sabes lo mucho que en tu ausencia peno,
Por no mostrarte el corazon amante
Donde te guardo con amor constante.

Por no mostrar como mi afan desea
Mi tierno corazon, donde domina
Con dulce imperio cuya ley recrea
Hija del cielo la amistad divina,
En él su antorcha clara centellea,
Nunca su fuego celestial declina;
Y en conservarla inestinguible y pura
Cifra tu amigo su mayor ventura.

¡Oh tú, fulgente sol, grato consuelo,
Virtud divina cuya hermosa llama
Para aliviar su suerte el justo cielo
Al triste humano en su piedad derrama,

Si el que te sigue con ferviente anhelo
En delicioso ardor feliz se inflama
Nunca niegues tu lumbre bienhechora,
Santa amistad , á un alma que te adora!

Por mas que el hado inexorable, impio
De tí me prive con adusto ceño
Sabré oponerme con hidalgo brio
Porque no logre su feroz empeño:
Jamás te apartaré del pecho mio,
Contra su saña me verás risueño,
Y líbres, dulce amigo, mis cantares
Te halagarán calmando mis pesares.

Ora disfrutes el feliz *Cercado*,
Que de tu estirpe el esplendor sustenta,
Y á quien la pompa de un altar sagrado
El claro brillo de su nombre aumenta,
O allá te vayas al recinto amado
Donde el otoño su riqueza ostenta
Dulce morada del placer tranquilo
Que en tiempo aciago me ofreció un asilo.

Ya del *Vedon* en la gentil colina
El aura libre de inquietud respires,
Y mientras Febo entre arrebol declina
Cruzar las naves por el Ponto mires,
O bien ollando la inferior marina
El cuadro bello de natura admires,

Y entusiasmado al meditar profundo
La mano ensalces del autor del mundo.

No con las glorias que tu estado ofrece
Mi corto obsequio con desden acojas,
Que si aumentar tus gustos no merece,
A un tierno amigo de tu amor despojas.
Con yedra humilde que á su sombra crece
No se desdeña entrelazar sus hojas
El olmo altivo, y la mansion de Tétis
Nunca desprecia al cristalino Betis.

Yo de este rio en la feraz ribera,
Do asienta Flora su risueño trono,
Himnos cantando de amistad sincéra
Burlo del hado el enemigo encono:
Cumpliendo del deber la ley severa
Hoy estos versos á tu nombre entono,
Que el alma noble do el honor se anida
Nunca la justa gratitud olvida.

Si se mostrase á mi rogar clemente,
Si el cielo oyese las plegarias mias,
Besar tu mano y halagar tu frente
Vieras la prole que afanoso ansías:
Goza tranquilo de la paz riente
Mientras que lucen tan dichosos dias,
Al dulce lado de tu dulce Rosa,
Discreta, pura, incomparable, hermosa.

Lorenzo Nicolas Quintana.

A una Señorita Inglesa.

Abandonaste, Emilia encantadora,
El Támesis umbroso,
Y aquí te saludó como señora
Guadalquivir gozoso.

Que disfrutar eterna primavera
Y eterno amor quisiste,
Y por eso dejaste su ribera
Grande, sí, pero triste.

¿Que es, Emilia, Albion con las suntuosas
Fábricas, la riqueza,
El comercio y las naves poderosas
Que anuncian su grandeza?

¿Qué es ¡ay! Emilia, si su yermo suelo
No cubren bellas flores,
Si está allí triste el sol, turbioso el cielo,
Y el alma sin amores?

Como la virgen yerta, desmayada
En mortal agonía
Llena de oro y joyeles, y adornada
De rica pedrería.

Aqui gozan las almas ese ambiente
Celestial, delicioso,
Como el respiro del volcan ardiente,
Cual Venus voluptuoso.

Aqui el placer que inspira el aura blanda,
La flor, la fuente, el rio
El alma rinde, los sentidos manda
Y arrastra el albedrio.

El cielo es como el rostro del arcangel
De divina hermosura:
Las aguas cual las lágrimas de un ángel,
O de una vírgen pura.

El blando aroma al hombre en el ameno
Pensil le desvanece,
Cual de una hermosa en el purpúreo seno
El amor le adormece.

Aqui hay, Emilia, un sol cual tu semblante
Sereno, luminoso:
Aqui cada mortal es un amante
Ya infeliz, ya dichoso.

Goza, amiga, los dones de este suelo
Que Cesar celebraba:
Goza la blanda luz del claro cielo
Que Fenelon cantaba.

Su rosa y su clavel que Mayo adora
Bajo tu planta crezca,
Y el dulce iluminar de cada aurora
Un nuevo amor te ofrezca.

No te ha de acompañar en tu alegria
Esta alma atormentada
Que ha de gemir al bullicioso dia,
Y á la noche callada.

Esas que abrirse ves lozanas flores
Serán para mi abrojos
Y con tedio ese sol que inspira amores
¡Ay! mirarán mis ojos.

Todos aman gozosos el florido
Vergel, la dulce risa
Del cielo, el manso arroyo, y el dormido
Susurrar de la brisa.

Solo el mísero aquel que el alma abierta
Tiene á la desventura
Ama una tierra estéril y desierta
Como una sepultura.

Jose Lorenzo Figueroa.

La fiebre.

Sevilla: 1837.

Esto es morir..... mi corazon, mi frente
La fiebre quema y el afan devora,
Y el rayo azul de la naciente aurora
Penetra ¡oh rabia! hasta mi lecho ya.
Despierta el mundo como yo despierto:
El despierta al placer y á la alegría;
Yo despierto al dolor, á la agonía
Que mi existencia consumiendo está.

El mundo...! el mundo de la paz el sueño
En su lecho de sombras ha dormido,
En tanto que mi lecho han combatido
Negras fantasmas de inquietud y horror.
Ni una ilusion entre celajes de oro
Vino á templar mi bárbaro martirio,
Ni á engañar con ensueños mi delirio
Cándida vírgen de celeste amor.

No escucho yo de las volantes auras
El trémulo batir entre las flores,
Ni al son del viento la cancion de amores
Que las hijas del valle entonarán.
El pino en tanto cimbrará en los montes
Sus plumeros flotantes de esmeralda:
Con lánguida tristeza su guirnalda
Los sauces de las tumbas ondearán.

En vano para mi la primavera
Encadenando el tiempo á su carroza,
Toda ella vida, en embotar se goza
La segur de la eterna destruccion.
Ni al sol ya miro en su ascension al cielo
Rodando sobre el piélago sonoro
Esmaltar con su ráfaga de oro
La corona inmortal de la creacion.

Yo que de esa feliz naturaleza
Tan pura y tan hermosa en la mañana
Las nubes de oro y de amaranto y grana
Flotar en torno de mi frente ví,
Yo que mi negra cítara de hierro
Contra las rocas sacudí en pedazos,
Cuando estrecharse de mi ser los lazos
De todo un mundo en el placer sentí,

Yo en este lecho me revuelco ahora,
Yo maldigo mi lúgubre existencia:
Y ¡oh! si no hubiese en mi eternal demencia
Dulce esperanza de vivir y amar...!
Un principio de vida inagotable
Late en mi corazon, piensa en mi mente.
¿Quién alcanza esta sangre tan ardiente
En este ardiente corazon á helar?

La muerte.... ¡maldicion! ¡eterna, horrible
Necesidad del ser! ¡lazo de hierro

Que al débil hombre en su mortal destierro
Ata al sepulcro hasta clavarle en él!
Arrastramos la vida por el mundo
Sobre espinas y víctimas y escombros:
Inmensa carga en nuestros flacos hombros
La regamos con lágrimas de hiel.

No es bastante morir. ¡Ah! no es bastante
Caminar al sepulcro entre dolores,
Hallar el áspid al oler las flores,
Temer el rayo al contemplar la luz.
Fatal condenacion pesa en el hombre
De ver la vida al sol de la esperanza;
Y espera siempre, si jamás lo alcanza,
En blando lecho convertir la cruz.

Yo que en tormento inacabable existo,
Amo, anhelo vivir.... ¡oh! ¡sí á lo menos
De esos campos magníficos, serenos
Pudiese yo los aires respirar!
Una corona de nacientes rosas
Empapadas en gotas de rocío
Viniera ¡oh Dios! con delicioso frio
Mi turbulenta sien á refrescar.

En lecho matinal de húmedas hojas
Mis miembros de dolor reposarian:
Los bosques, como nubes, cimbrarian
Sus cimas retemblantes sobre mí.

En ellos la salud: y si la muerte
En los bosques tambien, fuera entre flores:
No con tantos tormentos y dolores
Como me estan despedazando aquí.

Naciera yo, naciera en las montañas,
Yo que admiro su rústica belleza,
Mas cercano de tí ¡naturaleza!
Con tu luna, tu sol, tu inmensidad.
Y salvando las breñas y torrentes
De las fieras salvages al bramido,
No hubiera con su aliento corrompido
Mi falleciente ser la sociedad.

¡Oh ardor! ¡oh frenesí! la sed me ahoga;
Arde la sed de un Tántalo en mis venas.
Ven, si aun te duelen ¡dulce amor! mis penas:
¡Unico amor de mi existencia! ven.
Dame un licor..... veneno...... templa, halaga
Con recuerdos de amor mi fantasía,
O con tu último beso ¡amada mia!
Ven ya y acaba de abrasar mi sien.

¿No vienes? ¿dónde estás? Desde el abismo
Mirando estoy, en que me hundió la suerte
El triste pensamiento de la muerte
Las horas de mi vida presidir.
Si es la que suena, mi tremenda hora,
Llevaré hasta la tumba mi deseo.

¡Crepúsculo oriental! yo no te veo .....
Ya para mí no hay sol...... esto es morir.

G. Garcia y Tassara.

SEÑORES SUSCRITORES.

D. Bartolomé Rodriguez.
D. Juan de Dios Govantes Vizarron.
Sr. Conde de Peñaflor.
D. Antonio Garcia.
D. José Maria Alava.
D. Manuel Yandiola.
D. Juan Martinez.
D. Juan Malo de Molina. . . . . *Trugillo.*
D. Francisco Cepeda. . . . . *Osuna.*
Sr. Marques de Villabelviestre.
D. Fernando Ramos.
D. Juan de Morales. . . . . *Marchena.*
D.ª Maria de la Asuncion Desmaisieres.
Excma. S.ª Marquesa de Valle-hermoso.
D. Juan Morillo de Morillas.
D. Francisco Mora.
D. Rodrigo Quiros.
S.ª D.ª M.ª del Espíritu Santo Moreno de Escalante.
Sr. Conde de Monte-lirio.
D. Pedro Peñalver. . . . . *Zahara.*
D. José Rodriguez.
D. Antonio Quintanilla. . . . . *Lora del Rio.*
D. Luis Alcon.
D. Manuel Bedmar.
D. José Michelena.
D. Francisco Muñoz.
Sr. Marques de S. Gil.
D. Miguel Nogales.
D. Manuel Romero.
Sra. D.ª Cármen Quintanilla de Laso de la Vega.
D. Fabian Gutierrez y Laso.
D. José Carnebaly.
D. Isidoro Chacon.
D. Antonio Manuel Liaño.

D. António Maria Liaño.
D. Joaquin Veluti.
D. Francisco Puertas.
D. Juan Pedro Martinez.
D. Manuel Cepeda.
D. Tomas Gonzalez.
D. Juan Barbadillo.
D. José de los Reyes Nuñez.
D. Juan Maria Acosta.
D. José Fernandez.
D. Francisco Laraña
Sr. Marques de la Encomienda.
D. Fernando Blanco.
D. Antonio Rosales.
D. Antonio Ojeda.
Sr. Marques de Alventos.
D. Francisco Orejuela.
D. José Dominguez Daza.
D. Diego Herreros.
Sra. Marquesa de Sales.
D. Juan Segura.
D. Manuel Leon.
D. Esteban Moreno.
D. Fernando Camus.
D. Antonio Saavedra.
D. Cristobal Torres.
D. José Maria Marquez.
D. Ignacio Medina.
D. Manuel Cortina.
D. Lorenzo Hernandez.
D. Feliciano Rios.
D. Tomas Llaguno.
D. Luciano Perez Acevedo.
D. Diego Mier.
D. Manuel Leon.
D. Alejandro Saavedra.
D. Manuel del Castillo.

D. José Maria de Palma.
D. Francisco Moyano.
D. Franciscó Alvarez.
D. Juan Olgado. . . . . *Ronda.*
D. Alejandro Shee.
D. Manuel Rodriguez.
D. Felix Buch.
D. Ramon Castellote.
D. Luis Huidobro.
D. Juan Garcia Castañeda.
D. Tomas Pereira y Tapia.
Sra. D.ª Rosario Rodriguez Calero.
Sr. Marques de Riomolino.
D. Luis Mendoza. . . . . *Mérida.*
D. Juan Pareja.
D. Manuel Gamero.
D. Francisco P. Barba.
D. José Rodriguez.
D. José Dionisio Arpe.
D. Manuel Nieto.
D. Manuel Sousa.
D. Pedro Rojo.
D. Manuel Maria Quesada.
D. Mariano Artés.
D. Joaquin de la Borbolla.
D. José María de la Borbolla.
D. Francisco de la Borbolla.
D. Rafael Rioja.
D.ª María Afra Tenorio.
D. Francisco Alvoréz.
D. Vicente Casajús.
D. Felix Sanchez Herreros.
Sr. Conde del Aguila.
D. José Bedmar.
D. José Manuel Sanchez.
D. Antonio Alvarez.

(Se concluirá.)

ERRATAS.

Página.	*Linea.*	*Dice.*	*Debe decir.*
2	19	lo diran	*los dirán.*
4	15	é impulsada	*é impulsado*
33	13	y el firmamento.	*y el firmamento*
36	8	Retinó	*Retiñó*
43	2	cual	*cuan*
47	1	un tierno pecho	*tu tierno pecho*
51	7	que ora retumba	*que retumba*
55	2	ese la ferviente	*en la ferviente*
id.	8	el sueño	*ese sueño*
63	12	linfa fuera	*linfa pura*

LA LIRA ANDALUZA.

Coleccion

de poesias contemporáneas

POR

D. Miguel Tenorio.

ENTREGA 2.ª

AUTORES.

D. Eugenio de Ochoa.—D. Rafael Gonzalez Carvajal.—D. Miguel Tenorio.—D. José Bermudez de Castro.—D. Fermin de la Puente y Apezechea.—D. José Lorenzo Figueroa.—D. Julian Romea.—D. Pedro de la Puente y Apezechea.—D. Salvador Bermudez de Castro.—D. Francisco Tirado y Nario.—D. Gabriel Garcia y Tassara.—D. Francisco Caicedo.—D. Fernando Calvo Rubio—D. Joaquin Perez Comoto.—El Solitario.

SEVILLA.

Imprenta de EL SEVILLANO, calle de las Sierpes.

Julio.=1838.

ADVERTENCIA.

Las composiciones que van insertas en este cuaderno hasta el folio 81 están dedicadas todas á un amigo de los autores, con motivo de la muerte de su esposa.



¡Nada me queda ya! bajo esta losa
Descansa en paz mi muger querida;
La única antorcha que alumbró mi vida
Un soplo se apagó.

EL SEPULCRO.

I.

Del trasparente Betis en la orilla
Entre fúnebres árboles descubro
Arrodillado un jóven, derramando
Lágrimas en la losa de un sepulcro.
¡Cuan otro ahora en mi ilusion le miro,
Rendido al peso de dolor profundo,
Del que en la regia capital de España
Le ví del arte venturoso alumno!

La vista clava en la reciente huesa,
O al cielo mira con despecho mudo:
Pende su lira allí de un triste sauce
De espeso bosque en el recinto oscuro.
¡Amarga soledad! los campos baña,
Pálida luna, tu fulgor adusto,
Y suena melancólico entre ramas
De las serenas aguas el murmullo.
Tus quejidos ¡oh jóven! interrumpen
Con largos ecos el silencio augusto
De la callada noche, y yo te miro
Y me parece que tu acento escucho.

II.

"Mi esposa bella
Perdí ¡Dios mio!
Perdí con ella
La vida yo:
Mi pecho tierno
Desgarra el hado,
Y á llanto eterno
Me condenó.

"Malograda esposa mia,
Flor purísima de un dia
Que el ábrego marchitó!
Pues no quiso providencia
Que muriéramos los dos,

Antorcha de mi existencia,
Yo te saludo, á Dios!

Sin tí la vida
De qué me vale?
Sin tí, querida,
Me aflije ya:
¡Oh! en la alta esfera
Que ahora habitas
Tu amado espera
Que pronto irá.

"Pronto si! cerca resuena
Una voz de encantos llena
Que me dice: la verás!
Allá en la gloria algun dia
Sereis felices los dos"......
Entre tanto, vida mia,
Yo te saludo, á Dios!"

III

Asi resuena tu acento
Entre suspiros ¡oh jóven!
Que el magnífico silencio
Interrumpen de la noche.
Llora, infeliz! Para siempre
Has perdido tus amores,
Jóven, tu suerte maldice,

Poeta, tu lira rompe.
Vendrán los años: con ellos
Irás del sepulcro al borde
La imágen de tu adorada
Sin que en tu pecho se borre.
¡Esposo infeliz! tu vida,
Eterna, lóbrega noche
Será ya siempre: tu hermosa
Perdiste...... ¡oh! no te asombre
Que amanezca en tu amargura
Siempre oscuro el horizonte,
Que el bello sol de tu patria
Manchas de sangre coloren.
De tu jóven alma huyeron
Del mundo las ilusiones,
Pues bien!..... un mundo te crea
Dó tu solamente mores.
Las reliquias de tu esposa
Guarda avaro, y lleva adonde
Solo estás; su helada tumba
Cubre en lágrimas y flores.
Busca alivio á tus pesares
En la calma de los bosques,
Que allí de paz y consuelo
Resuenan místicas voces.
Un ángel allí sus penas
Templa á heridos corazones
Y santas palabras dice,
Y el desgraciado las oye.

Huye el mundo, y dulce calma
Tal vez solitario logres;
Piensa en la muerte, y acaso
Serás venturoso entonces!

Eugenio de Ochoa.

ELEGIA.

Ogni speme, ogni ventura
Lunghi di durar no puo,
Solo ahi! solo, il pianto dura...!

Tú lo quieres? escucha: era la noche.
En vano ¡ay! mis párpados buscaron
Blando reposo en la mullida pluma.......
Una espina cruel me devoraba....!
Era el año, mi amigo! era el instante
En que de muerte horrible al golpe fiero

En breves horas mi adorada madre
Moribunda exhaló su á Dios postrero.
Trémulo, congojoso, palpitante,
Recorri la ciudad; la luna fria,
Do celages opacos encubierta,
Por entre espesas sombras derramaba
Su amarillenta luz; con débil planta
De los que fueron penetré en las tumbas!
Lo creerás? el ciprés, la triste adelfa,
De la fúnebre lámpara el reflejo.....
Todo en mi triste corazon vertia
Bálsamo celestial, grato consuelo.
Sobre un sepulcro...... el de mi madre era,
Me puse á contemplar mi suerte amarga;
Lloré, gemí, me lamenté á los cielos,
Invoqué al Hacedor omnipotente,
Y sobre el yerto mármol reclinado
Latió mi corazon, ardió mi frente.
Y qué, dije, tan solo la belleza
La virtud, el honor aquí descienden!
Pâra el bueno no mas hay amargura!
Y en tanto que yo, huérfano, angustiado,
Apuro del dolor la amarga copa
Y ante el destino doblo la rodilla,
Impune en la ciudad y entre los hombres
El vil puñal del asesino brilla....."

....

...... Cárdena luz el firmamento baña,
La negra nube en el cenit retiembla,

El rayo por los aires centellea,
Los cipreses se doblan ciento á ciento
Y el marmóreo recinto titubea
Del huracan al ímpetu violento.
La vista alzando de pavor cubierto,
De un relámpago al brillo pasagero
Allá en lejana tumba, opaca sombra
Cruzados ambos brazos, y en el pecho
La negra cabellera reclinada
Con sonrisa feroz sobre sus labios
El descenso del rayo contemplaba.
Era un jóven: sus pálidas mejillas
Sellaban el dolor; ardientes ojos
Sobre el opaco túmulo fijaba........
Ni una lágrima....! nada: mudo, frio,
Escuchaba el furor del ronco viento,
Pareciendo al mirarlo entre las tumbas
La solitaria encina del desierto.—
Quién eres? di, por qué tu planta osada
Turba el silencio del sepulcro umbrio?
Por qué tu pecho sin cesar suspira?
Por qué yace á tus pies rota la lira?
Por ventura el amor....?—No, la desgracia,
El horror y la muerte, el infortunio
Me dirigen aquí......—Tu amante lloras?
Tus deudos, tus amigos....? esa losa
Acaso el polvo de tu madre esconde....?—
No...! con un grito aterrador responde,
Aquí yace el cadaver de mi esposa......"

Conóceme por fin: yo soy tu amigo,
Mas infeliz que tú mil y mil veces.....!
Tu probaste una vez la desventura
Y yo del cáliz apuré las heces.....!
Arrullado al nacer por la desdicha,
Juguete de la suerte caprichosa,
Víctima triste del destino aciago,
Si se entreabrió una flor ante mis ojos
Aguda espina lastimó mis manos.
Apenas por el mundo recorria
De mi inocente infancia el dulce estado,
Cuando la tumba atroz abrió sus puertas
A un tierno padre en sus floridos años:
La huesa escavo: removí la tierra,
Y las santas reliquias contemplando
Besándolas humilde y congojoso
Regábalas á solas con mi llanto:
Toqué su frente pálida, y el sueño
Las perezosas alas desplegando
En letargo profundo adormecia
Mis miembros, mis sentidos conturbados.
La severa razon cobró su imperio:
Sequé la fuente del llorar infausto,
Pero el destino bárbaro al instante
Convirtió mi esperanza en desengaño.
Mi esposa...! Sí, la madre de mis hijos
Tambien bajó á la tumba y era bella
Y pura como el sol...! cuan afanosa
Las penas de mi pecho consolaba!

Cuan dulce era su hablar ¡y que ternura
En los hijos del alma derramaba...!
Mírala...! aqui descansa...! aqui se oculta...!
Bajo el lóbrego sauce silencioso
Doy libre rienda á mi abundoso llanto!
Oh! si pudieras tú sondear ahora
La herida de este pecho lacerado....
Lástima y compasion te inspiraría
Mi tormento, mi angustia y desamparo.
La rama por los vientos sacudida,
Un acento, una voz, el dulce canto
Del ruiseñor en la arboleda umbría
Amenazan mi espíritu turbado:
El espléndido sol, ó su alta cima
El monte entre las nubes ocultando,
El variado matiz, la rica pompa
Que despliegan las flores en el campo,
La incauta mariposa entre las ramas
Volar ligera en derredor del tallo
Y libando gozosa la ambrosía
Ostentar su color tornasolado;
Los rayos de la aurora, el eco infausto
De enamorada tórtola renuevan
Mi dolor, mi pesar, mi triste llanto...!
Basta, amigo, no mas; ya que la suerte
Nos condenó á vivir desventurados
Unámonos por siempre: yo al sepulcro
Un quieto asilo imploraré llorando
Donde reclines tu cabeza ansioso

Junto á tu amigo de dolor cercado:
La tierra en sus íntimas entrañas
Reposo nos dará; que aqui en el mundo
Jamas disfruta el hombre de ventura:
Por mas sueños que invente de delicias,
Llorar, gemir es solo su destino
Y beber gota á gota la amargura...!
No dijo mas: un rayo de la aurora
Penetró en la morada solitaria
Hundiose la vision, pero su imagen
Aquí en mi corazon quedó grabada.

Rafael Gonzalez Carvajal.

EN LA TUMBA DE S......

¡Aire de los sepulcros! ven y ahora
En mi frente inflamada
El beso imprime de tu yerto labio,
Cuando la blanca luna remontada
En su alto giro que descifra el sabio
Baña el mármol que adora
Mi corazon. No llora

Con el llanto mezquino
Que el mísero mortal en débil ruego
Humillado derrama ante el magnate;
No: que el pecho de fuego
Se queja del destino
Y dolorido late
Solo en el seno de floresta humbria,
Huyendo lejos del fulgor del dia.
Aquí solo, olvidado
Donde el ciprés oscuro altivo crece
Al soplo de los vientos impulsado,
Y lúgubre se mece
De lobreguéz vestido,
Y á compasion movido
Tal vez del llanto que mi rostro moja
Sobre una losa sin cesar arroja
Mil coronas y mil, aquí á mis ayes
Da salida el dolor, que la impía muerte
Reina en el campo y el terror que inspira
Hace vibrar las cuerdas de mi lira.
Silencio aterrador! ah! yo te adoro,
Tu magestad sublime mi alma encanta,
Y lejos de los mármoles y el oro
Del esplendor mundano
Muevo con libertad la incierta planta;
Y mi temblante mano
Que arranca de su tallo la flor pura
La presenta en ofrenda á la hermosura.
Ella en el lecho del reposo eterno

Desoye mi gemido:
En polvo convertido
Su labio de carmin, su mirar tierno,
No queda ya de su beldad primera
Mas que un recuerdo. ¡Ay triste!
¿Para morir tan pronto á qué naciste?
La roja adormidera se columpia lozana
Sobre tu mustia frente,
Y cuando brilla el alba en el oriente
Al prado muestra su matiz de grana,
Que á tu boca robó. Mi ardiente boca
Beso de maldicion imprime en ella,
Y al punto que la toca
Pierde su brillantez y ya no es bella.
¿Quién es mas infeliz? ¿tú que en la tumba
Ni sientes, ni respiras,
Ni pesarosa miras
El trueno destructor que en torno zumba,
Yermando el universo,
O yo que miro en el espacio terso
Deshacerse mis gratas ilusiones?
¿Quien mi existencia ignora,
O quien tu muerte con delirio llora?
Compadéceme tú desde ese cielo,
Donde mi fantasía
Llega tal vez en atrevido vuelo,
Y suplica piadosa al Dios del mundo,
Que haga lucir el dia,
El mas feliz de la existencia mia,

En que al seno profundo
Descienda yo de las calladas fosas
Y al fin repose como tú reposas.

Miguel Tenorio.

ELEGIA.

Allas! for them, though not for thee
They cannot chuse but weep thee more;
Deefifor the dead the grief must be
who ne' er gabe canse to mourn before.
Byron.

I.

J'ai vu la feuille legère
Qu' emportaint les aquilons
Se rouler dans la poussière
Au fond sombre des vallons:

J' ai vu la graine arrachée
De sa tige dessechée
Mourir au fond des marais;
J' ai vu pendant la tempête
Flechir la superbe tête
Le pin roi de nos forêts.

II.

C' est ainsi que dans la vie
Au souffle mortel du temps,
Comme la feuille jaunie
Se détachent les vivants;
Comme la graine inféconde
Ils ne laissent rien au monde.
Rien—pas même des regrets!
Et la tête la plus fière
Se couche dans la poussière
Comme le pin des forêts.

III.

Mais tout dans la faible nature.
Tout obéit à cette loi;
A la volupté la plus pure
Se mêle un sentiment d' effroi.
Je vois la fleur qui vient d' eclòre,
Je vois le jour á son aurore;
Mêlant la tristesse au plaisir,

Je songe á la rose fletrie,
A l' heure ou finira la vie:
Je vois que tout naît pour mourir.

IV.

Elle était jeune et belle, et son âme etait pure
Comme l' eau d' un ruisseau qui laisse voir le fond;
Aucune nuage noire n' avait d' une ombre impure
Voilé de cet æil doux le celeste rayon.

V.

Elle était jeune et belle, et son âme innocente;
Objet d' un pur amour sur le sein d' un epoux,
Elle avait reposé sa tête palpitante,
Et prononcé ces mots pour un amant si doux.

VI.

Fière de son bonheur, heureuse d' innocence,
Elle planait sur tout comme un jeune ramier
Ouvre son aile blanche et sans effort s' élance
Vers un ciel qu' un regard embrase tout entier.

VII.

Dans la vie elle entrait, comme un jeune navire
Qu' un beau jour de printemps voit lancer dans les flots

Qui caressent émus d' un souffle du Zephire
Ses couronnes de fleures present des matelots.

VIII.

Ah! que sont devenus sa beauté, sa jeunesse,
Cet espoir de bonheur?.... tout fut si tôt detruit!
Au lieu de chants d' amour des sanglots de tristesse,
Au lieu de son regard une éternelle nuit!

IX.

Elle est morte pour nous, elle á quitté la vie
Laissant á son époux un seul gage d' amour;
Ainsi le haut palmier du ciel de ma patrie
Meurt en laissant un fils qui le remplace un jour.

X.

Nous pleurons malhereux! et ses mânes s' elancent
Libres de nos douleurs aux mondes que balancent
Les esprits éternels.
Elle sourit voyant notre stérile peine......
Et nous pleurons encore après une ombre vaine,
Nous malheureux mortels!

XI.

Pleurons plutôt sur nous plongés dans les tenëbres

Sur nous qui perdons tout sur le crêpes funèbres
De nos jours de douleurs.
Elle assise là haut parmi le chœur des anges
Elle voit l' eternel et chante ses louanges,
Et ne peut voir nos pleurs.

XII.

Ah! peut etre ce temps que son ombre légère
A passé parmi nous, aimable passagère
Dans des lointains climats
Fut un temps de malheur pour son âme éxilée;
Peut être elle pleurait une patrie aimée,
Loin, bien loin d' ici bas!.....

XIII.

Amis prions en silence
Ecoutez sa douce voix
Lorsque la brise balance
L' ombre pensive des bois.....
Ecoutez sa voix si pure
Dont le tendre et doux murmure
Descend pour nous consoler,
Elle dit avec mystère;
«Sur cette froide poussière
«Amis, pour quoi s' affliger?"

XIV.

«Amis qui dans ce passage

«Avez partagé mon sort;
«Je viens de toucher la plage,
«Et vous pleurex à ma mort?
«Vous pleurex quand je m' éveille
«Dans un monde de merveille,
«Compagnons de mes malheurs!
«Quand la celeste lumiere,
«Vient de saillir ma paupierè
«Je vois de regrets, des pleurs!"

XV.

«Pour quoi pleurer si mon âme
«A quitté ce corps mortel?
«C' est une divine flamme
«Qui s' élance del' autel;
«Ce que vous nommez la vie
«Est la mort de ma patrie;
«La mort que l' on pleure aux cieux!
«Je viens de rompre ma chaîne,
«Laissant ma depouille humaine
«Je vis au sein de mon Dieu!"

José Bermudez de Castro.

ELEGIA.

J' aimai : je fus aimée: c' est assez pour ma tombe
Qu' on y grave ces mots, et qu' une larme y tombe !
La Martine....

Desde que huyó de mi niñez risueña
El apacible albor, y que mi vida
Arde, gira en mis venas encendida
  Del sol de juventud,
Al vivo fuego que á gozar enseña
Se mezcló del dolor el hado impío ;
De la ilusion al ciego desvarío

La severa virtud.
Y yo bajé á escuchar su voz divina
De soledad al apacible abismo:
Y á su seno, del mundo, de mí mismo
Con presto vuelo huí.
Y ya al polvo de Itálica, que arruina,
Mas que los siglos, la ignorancia ruda,
Con misteriosa inteligencia muda
Pregunté y comprendí;
Ya abandonando la feliz ribera
Que Betis ciñe con amantes brazos;
Cual águila que al sol, sueltos sus lazos,
Lleva su vuelo audaz;
¡Ai! del mortal á la mansion postrera,
Dó del placer el aguijon no clava,
Entre las tumbas á gozar volaba
Su inspiradora paz.
Jóven allí una vez feudo rendia
A la hermosura en ardorosos llantos:
¿Por qué á volverle el ser, y sus encantos
Mi fuego no bastó?
Por conocida senda dirigia
Mi tarda huella, mis nublados ojos,
Y del lecho del justo, los abrojos
Mi mano separó.
Cuando la tierra removida, apenas
Fija la losa impenetrable y dura,
Mojado el mármol, secas, sin cultura
Unas flores hallé.

Vilas y me detuve: que las penas
Tambien mi corazon rasgado habian.....
Virtud y amor los mármoles cubrian
Y yo los adoré.
Que nunca al vicio ni al poder ofrecen
De jaspe y oro en el postrer abrigo
Ni aroma y flor la mano de un amigo,
Ni lágrimas amor.
Ellas mis turbios ojos oscurecen:
Mas que inscripcion fatal hiere mi vista?
¿Do el corazon de bronce que resista
Tan bárbaro dolor?
«A mi esposa, á la madre de mis hijos
«Postrer ofrenda del amor y el llanto.«
Y las letras y lágrimas y el canto.
¡Ai! de mi amigo son!
De mi amigo! gran Dios! mis ojos fijos
Del amor en la tumba detenia,
Y al corazon y á la amistad pedia
Su santa inspiracion.
Ellos al labio perezoso y frio
El desusado canto devolvieron;
Los ecos de las tumbas lo aprendieron,
Pero yo lo olvidé.
Tú lo quieres empero, amigo mio;
Ah! pues si es dado repetir en calma
El santo frenesí que agita el alma
Oye lo que canté.—

Dulce y solitaria tumba,
Que á la tempestad asilo,
Guardas en sueño tranquilo
La destrozada beldad.
Tú, á quien el mármol corona
Y lindas flores esmaltan,
Do nunca lágrimas faltan
Ni al amor ni á la amistad.

En cuyas aras sagradas
Vienen á ofrecer en dones
Aquesta mil corazones,
Uno tan solo el amor.
Rompe de tu seno impio
El mármol á nuestro lloro,
Y tu escondido tesoro
Vuelve, libre de tu horror.

O ya que ventura tanta
Pedir al mortal se niegue,
Y pues no hay senda que llegue
De la eternidad aquí,
Al menos, solo un momento
Dánosla mirar dormida;
Uno solo, que en la vida
Ni la adoré, ni la ví.

Mas sorda, insensible, fria
A nuestra voz no respondes:
Tu tesoro avara escondes,
Y con él mi corazon.
Otros mas que yo felices

La vieron para adorarla;
Yo solo para llorarla:
Mi ofrenda lágrimas son.
¡Ai! tambien la conozco: mi vista
De la muerte el secreto rompiendo,
Yo la miro á su esposo viendo
En eterna feliz juventud.
Si el misterio, el olvido, la duda
Tal vez cubren la fúnebre losa
De la tumba do yace la hermosa
Hoy los lanza tu voz ¡oh virtud!
Tal con férvida sed el viagero
No ve el agua, ni ansioso la toca;
Mas la escucha en la cóncaba roca
Con murmullo sonante bajar.
Y tal vez por el eco guiado
Llega al fin la corriente tan grata,
Con sus ondas de líquida plata
De su labio el ardor á templar.
¿No la veis? Complacida en sus hijos
Clava ardiente sus ojos de fuego.
¿Es acaso el sepulcro tan ciego?
¿De una madre es tan breve el amor?
En tu niña su imágen te deja
Oh mi amigo! que amable te ria
Cuando venza la edad cana y fria
Con los años tu inmenso dolor.
Y tendrás, cuando mires sus triunfos
Y del niño la gloria y las palmas

De aquel lazo que unió vuestras almas
Un recuerdo de amor y de paz.
Y ella ¡oh cielos! su acento no escuchas?
«Era amada y amé cuando viva.
«Esta letra en mi losa se escriba,
«Y una lágrima bañe su faz.«



Una lágrima ¡ai Dios! mojó la losa,
Y el sepulcro temblaba estremecido;
Y una y mil veces de la amante esposa
El aura lleva el nombre repetido.
¡Amigo, amigo! En horfandad llorosa
Culpan tus hijos, tu dolor.... tu olvido:
Ven: te darán con cariñoso anhelo
Lágrimas mi amistad, ellos consuelo.

Fermin de la Puente y Apezechea.

ELEGIA.

¡Y es cierto amigo mio!
¡No existe ya la esposa que adorabas!
¡Es ya cadáver frio
Aquella que estrechabas
En tus brazos angélica belleza!
¡Oh Dios! Cuanto es locura
Que funde su ventura
El hombre en el poder, en la riqueza
Ni en fragil hermosura!
Todo muere en un dia
Cual méntida ilusion, cual sombra vana,
Como la escarcha fria
Que deshace el calor de la mañana.

¡Desventurada esposa! ¿Donde huyeron
El brillo que tus ojos animaba,
La tez que tu semblante embellecia,
El carmin que tu labio coloraba,
Y la fragante rosa que encendia
Tus mejillas de nieve?
¡Ay! Que cual humo leve
Sus gracias, su hermosura,
Su juventud lozana
Todo despareció.... que en el sepulcro

La deforme y la hermosa,
La jóven y la anciana,
La ramera y virtuosa,
Reciben igual suerte.
¡Oh Dios! Que desconsuelo
Si la vida del cielo
No siguiera á la muerte!

"Venid dulces amigos,
Grita su esposo en lágrimas deshecho,
Venid y sed testigos
De mi eterno dolor: ántes un lecho
De amparo nos servia,
Antes nos cobijaba un mismo techo,
Y un manto en nuestro sueño nos cubria.
¡Y agora me separa
De sus brazos un mundo!
¡Y cadáver inmundo
Que dió la vida en su último suspiro,
Estático la miro
Bajo el funéreo manto
Que envuelve y desfigura
Su ya muerta hermosura
Y baña ¡ai Dios! mi llanto!"

"¿Quién, desgraciada esposa, me diria

Cuando en sus aras nos unió himeneo,
Que tan funéreo arreo
Pocos años despues sucederia
A tu veste nupcial? En aquel dia
Alegre, venturoso,
Que me llamé tu esposo,
Cuanto gocé, bien mio....... el dulce acento
Del himno epitalámico, el contento,
De alegre muchedumbre
En el salon sonaba estremecido,
Y entre tanto al sonido
De dulce orquesta que los aires llena,
Con planta leve en compasada danza
Vagamos los dos juntos......
Y ¡ahora solo resuena
Mi fúnebre quejido
Y el himno de difuntos!



No prosigue..... su llanto
Baña el helado cuerpo que aun adora
Y alivia su dolor. ¡Descansa tanto
El hombre cuando llora!
Mas ¡ai! acalla el himno de la muerte
Y el inútil clamor..... la misma suerte
A todos nos espera.
¡Oh Dios! y quien supiera
A cual esposo mas, á cual amante

El mismo golpe amaga!
Tambien yo esposo soy, y en este instante
Quizas la muerte pavorosa vaga
Cabe el lecho mullido
Que han de mirar mis ojos convertido
Mañana en tumba fria
Cuando le alumbre el dia.
¿Y cual, ora en el lecho muelle y blando
Se aduerma descansando,
Ora en el suelo duro
Sus desgracias suspire,
Cual amanece al despertar seguro
De no hallar la que adora estatua yerta,
Que ni mueva sus miembros, ni respire
Ni la ha de ver ya mas nunca despierta?

José Lorenzo Figueróa.

A MARIA.

Vírgen pura, madre hermosa,
Entre todas elegida
Para darle ser y vida
En tu seno al Redentor,
Vuelve tus ojos, Señora,
Vuélvelos al desgraciado
Que á tus pies llega bañado
En lágrimas de dolor.
Por la frente que adoraba
Pasó el soplo de la muerte,
Y agostada, al polvo inerte
Cayó un instante despues;
Y hora sobre aquella losa
Que cerró la parca insana
La brisa de la mañana
Mece el fúnebre cipres.
¿Qué se hicieron sus virtudes?
¿Qué fué de tanta hermosura?
Fué, como en la noche obscura,
Relámpago que pasó;
Y aquel seno de delicias,
Y aquel rostro tan perfeto,
Eran...... un triste esqueleto
Que la honda huesa tragó.
La lloran! Pero.... ¡y si acaso
Su suerte envidiable fuere!

Mientras lloran porque muere
En su hermosa juventud,
Tal vez cien mundos brillantes
Cruza su mente embebida!
¿Está la dicha en la vida,
O la encierra el ataud?
Quien lo sabe! El alma acaso
Dentro del hombre encerrada
En una vida cercada
De lágrimas y ansiedad,
Al romper la estrecha cárcel,
Donde á su pesar desciende,
Respira, crece y se estiende
Por la inmensa eternidad.
Y comprende aquel misterio
Que tanto la confundiera,
Esa creacion primera
A donde en vano se alzó;
Ve por que ruedan los mundos
Que pueblan el ancho cielo,
Descorriendo el negro velo
Que á sus ojos le ocultó.
Desde allí contempla el cuerpo
Que á eterno olvido condena,
Rota la triste cadena
Que existiera entre los dos;
Y de la suprema ciencia
Prueba el inefable goce,
Y entonces se reconoce

Hecha á la imágen de Dios.—
No la lloreis, no; dichosa
Mil veces esa belleza,
Que se alzó con su pureza
A la mansion celestial:
Mas bien merece el que vive
Compasion en su quebranto:
Oye, Maria, su llanto
Que pide alivio á su mal.
Mientras llamada á tu seno
Por tu justicia infinita
La madre en el cielo habita
Junto á tu trono de luz,
Mira cual lloran sus hijos.....
Socórrelos tú, Maria,
Que asi llorabas un dia
Al pié de la santa cruz.
Jamas negaste tu amparo
A la inocencia que llora;
¡Ai! tú lo puedes, Señora,
Alivia tú su dolor;
Hazlo, Vírgen de consuelo,
Por el dolor que sufriste
Cuando en el Gólgota viste
Muerto el hijo de tu amor.
Por su sangre
Tan querida,
De tu vida
Norte y luz,

Y que al hombre
Rescatára
En el ara
De la cruz.

Julian Romea.

ELEGIA.

Rompí mi lira que un tiempo
Himnos de placer cantaba,
Y la amistad consolaba
Mi frenético dolor.
Y una rosa me lucia
Cual resplandeciente estrella,
Y era blanca muy mas bella
Que la rosa del amor.
Y eran sus cándidas hojas
Dulce bálsamo á mi herida,
Un nuevo soplo de vida,
Un ancho mar de placer.
Mas no su pura fragancia
Desterraba mi quebranto,
Que aun era eterno mi llanto,
Eterno mi padecer.
Y cuando el sol se ocultaba,
Y triste nube importuna
Veló de la blanca luna
El incierto resplandor,
Mientras en sueño tranquilo
Todos felices dormian,
Y sus penas no sentian
De la noche en el pavor;
Tal vez con fúnebre acento
Mi bien perdido cantaba,

Y por tu orilla vagaba,
Sublime Guadalquivir.
  O en el triste cementerio
Aterrado paseaba,
Que de mi amor me acordaba
Y temblaba de morir.
  El dolor y la tristeza
Mis pisadas dirigian,
Y las tumbas me ofrecian
Profunda meditacion;
  Y una lágrima sensible
De mis ojos se escapaba,
Y un sublime miedo helaba
Mi amoroso corazon.
  Algunas tumbas cubrian
Letras de tiernos amores,
Mas ni lágrimas ni flores
En torno hollaron mis pies.
  Y con fúnebre gemido,
Compadeciendo su suerte,
Puse en su lecho de muerte
La corona de cipres.
  Cuantos, turbado decia,
Tan infelices murieron,
Que ¡ai de mi! no merecieron
Una lágrima de amor!
  Tronó sañuda tormenta,
Mil flores se deshojaron,
Y las tumbas encerraron

La fragancia de su olor.
Alguna rosa el rocio
Bebió solo una mañana,
Y era una rosa temprana
Y el Agosto la abrasó.
Y hora una losa la encierra,
Losa que olvida su amante,
Y aun blasona de constante
Y su amor abandonó.
Callé..... y mi pecho sensible
Aterrado palpitaba,
Que en los ecos escuchaba
De las tumbas mi cantar.
Y murmuró en torno el viento
Y yo percibí un gemido,
Y de un amigo querido
Sentí la lira pulsar........



Yo la escuché.... cual un dichoso dia
Llamó su voz á la sensible hermosa,
Y sorda à su clamor la muerta esposa
A su canto de amor no respondia.
Yerta, eclipsado el sol de la hermosura
Era de muerte funeral trofeo;
Apagada la antorcha de himeneo
El lecho de su amor la sepultura.
Y en vano ¡ai Dios! de la amistad el canto

Ante su yerta tumba resonaba,
Y en vano de su esposo la invocaba
Y de sus hijos el piadoso llanto.
  Que nada ¡ai triste! ante el silencio inerte
Del sepulcro, el amor débil alcanza,
Ni brilla un solo rayo de esperanza
En la mansion de eternidad, de muerte.

Pedro de la Puente y Apezechea.

ELEGIA.

Vuelve los ojos: verás
Destroncada la belleza,
Pálida y triste la flor,
La hermosa llama deshecha.
Calderon.—El Purg. de S. Patricio.

I.

La noche con sombras la tierra velaba;
Oíanse al lejos los truenos sonar,
Relámpago triste su lumbre arrojaba
Haciendo los campos las aguas brillar;

Por medio del bosque pasar no se escucha
La brisa lijera con dulce clamor,
Tan solo los vientos en hórrida lucha
Tronchando los pinos, secando la flor.

La estrella que oculta la pálida niebla
No lanza su lumbre destello de amor,
Las ondas del Betis en triste tiniebla
Que á veces refleja lunario fulgor.

Desierta llanura y esteril rodea
El fúnebre asilo de San Sebastian,
Al lado de un nicho fatídica tea
Al soplo vacila de fuerte huracan.

De tristes sepulcros el lema piadoso

Con letras de fuego se cubre á su luz,
El tibio reflejo se esparce dudoso
Y arriba ilumina la fúnebre cruz.

Mil sombras se miran que el viento arrebata
Qne eleva en los aires que vuelve á dejar:
Y arroja la luna destellos de plata,
Sus blancos sudarios haciendo temblar.

Y todas las tumbas abiertas estaban
Escepto una nueva dó brilla la luz,
Sus rayos funestos un hombre alumbraban
Que reza inclinada la frente en la cruz.

II.

Nada me queda ya! bajo esta losa
Descansa en paz una muger querida;
Unica antorcha que alumbró mi vida
A un soplo se apagó.
En la mansion de muerte en qne reposa
La llama el corazon, la invoca el alma
Y no responde..... y todo yace en calma......
Tranquilo escepto yo.

Un lazo santo nos unió en el ara,
El mismo Dios bendijo mi ventura;
Y estático en su plácida hermosura
Pensaba y en mi amor.

La dicha que mi labio le jurára,
El asilo nupcial que le ofrecia
Fueron tan solo, ¡oh cielos! tumba fria,
Lágrimas de dolor.

Y el mundo vive y goza en torno mio!
Y turban mi dolor tiernos acentos!
Y protestas de amor y juramentos
Aun oigo junto á mi!
Solo, yo solo del destino impio
Maldigo y lloro la inclemente mano:
Y en vano gimo..... y le demando en vano
La esposa que perdí.

Temprana flor que marchitó la tarde,
Fuente serena que secó el estio,
A mi dicha es igual el llanto mio,
Mi pena á mi placer.
Y en vano es ya que solitario aguarde
La triste luz del venidero dia!
Amo el silencio de la noche fria
Donde te pienso ver.

Do pienso ver tu pálido semblante
Iluminarse de eternal ventura,
Do se une á mis acentos tu voz pura
Vacilante de amor.
Mas pronto ¡oh Dios! esta vision amante
Desaparece de mis tristes ojos,

Solamente me quedan por despojos
Su tumba, mi dolor.

El lánguido lucir de triste luna
Que entre las nubes pálidas descuella,
El moribundo brillo que destella
El fúnebre blandon.
La lámpara colgada en la columna
Que palidece ante la imágen santa
Son las luces que adora en pena tanta
Mi triste corazon.

Vagar errante en triste cementerio
Mientras el viento en los cipreses zumba,
Y á un rayo de la luna, de la tumba
El aliento aspirar.
Demandar á los muertos el misterio
De nuestra vida inútil de dolores
Siendo ilusion el gozo y los amores
No siéndolo el penar.

Esta es ¡oh Dios! mi solitaria vida!
Mi existencia sin dicha, sin consuelo
Cual las hojas marchitas en el suelo
Triste se arrastrará.
Luego vendrá la muerte apetecida
Y mi existencia mezclaré á la nada,
Y nadie ¡oh Dios! sobre mi losa helada
Nadie á gemir vendrá.

III.

Asi la cancion con que llora
El cisne su muerte fatal,
Se eleva á los cielos sonora
Del lago de limpio cristal.
Las plumas del pájaro flotan:
Sus alas el agua alborotan,
Y pronto el doliente cantor
No es mas que cadáver errante
Que arrulla la brisa sonante
Con largo suspiro de amor.

Asi tras su lúgubre acento
Contempla este esposo el fatal
Sepulcro, su triste lamento
Turbando el silencio mortal.
Hiere la piedra su cabeza,
Invoca la muerta belleza,
Lamenta su edad juvenil,
Sin ver que la muerte en su brio
Marchita la mies del estio
Cual la flor fragante de Abril.

IV.

Mas no escucha mi voz. ¡Mísero! llora,
Llora la esposa que la tumba encubre
Tu llanto ingrato que al eterno implora

No romperá la losa que la cubre.

Mas una niña aqui!.... Fresco capullo,
Lindo boton que la mañana abriera
¿Por qué dejas del céfiro el murmullo
Y tu inocente asilo en la pradera?

Las flores que en el campo Mayo vierte
Crecen aqui rugosas, sin matices:
Mecidas al aliento de la muerte
Humedeciendo el llanto sus raices.

¿Qué buscas tu de noche y desolada
Al resonar del borrascoso viento?
Es fatal para tí, flor delicada,
De los sepulcros tristes el aliento.

Alzó la niña su semblante hermoso,
Bajó los ojos al sepulcro frio,
Y en los brazos se arroja del esposo
Pronunciando sus labios ¡padre mio!

Prenda querida que á mi amor dejára,
Esclama el padre, la adorada mia!
Y en mi dolor un tiempo te olvidára!
Tú mi vida serás, tú mi alegria.

Alzó sus manos juntas hácia el cielo,
Estrechóla á su seno con amor,

Y un suspiro de paz y de consuelo
Calmó por un momento su dolor.

Salvador Bermudez de Castro.

ELEGIA.

Jánque vale et nati serva communis amorem.
Virg. Æneid. lib. 11.

Era la noche, y de mortal tristeza
Agoviado mi espíritu yacia
El lecho con mis lágrimas bañando,
Y la tarda pereza
A un tiempo deplorando
Del grato sueño que mi voz no oía.
Casi vencido ya, de fuerza exhausto,
Iba á desfallecer; mas de repente
Vaga en torno un susurro misterioso,
Estínguese la luz, retiembla el suelo,
Y al hórrido crugir de un estampido,
Pálido espectro ofrécese á mi mente:
Nunca el cieno del tártaro espantoso
Lo sostuvo mayor: envuelto estaba
En un lúgubre manto denegrido;
Pero al traves de los inmensos pliegues
Sus descarnados miembros presentaba;
Y á mis ojos llorosos retrataba
La faz temida de la parca adusta.
Mas un rayo de luz la niebla ahuyenta;
Y de flores lozanas coronado,
Ameno prado su verdor ofrece
A una tímida jóven: desceñido
Purísimo cendal, casi no encubre

El tranquilo latir del albo pecho
A su felice amante, que postrado
Adórala en su dicha embebecido.
¡Cuantos, ay, de placer tiernos recuerdos
Mi espíritu asaltaron! Seductora,
Alhagüeña ilusion, ¿porque brillastes,
Si un respiro veloz lucir debiendo,
Siguierase tan crudo
El acaso siniestro que hoy devora
Mi mas grata esperanza? Aun lo dudo
Y lo ví, y lo escuché....Piensa ahora
Cual fue mi sobresalto, en el instante
Que mis turbados ojos conocieron
En la jóven á Delia, á tí en su amante.
Con traidora sonrisa aplaudió el monstruo
Mi indecible sorpresa largo tiempo;
Hasta que alzando la feroz guadaña
En tremendo ademan: no siempre, dijo,
En la vejez decrépita se ensaña
El brazo de la muerte poderosa,
Que acaso sorprendida
Demente juventud, con sangre baña
La tumba pavorosa.
Caiga el mentido encanto: se disuelva
Como el humo fugáz; y al punto mismo,
La que salió del polvo al polvo vuelva.
Aun no finára, y súbito esgrimiendo
El hacha furibunda,
Siega de un golpe la cerviz hermosa

A tu mísera esposa;
Cuando en calma profunda,
Perdurable firmeza le jurabas,
Y en sus labios de rosa
El ósculo postrero ¡ai Dios! sellabas.
Luchando en tanto, la feroz congoja
Lograra sacudir: mustio silencio
Por la lóbrega estancia difundia
Amarga soledad; víctima empero
Ni asesino, ni sombras existía.
Ufano entonces, la cruel zozobra
Parecióme fantasma: engaño el fiero
Audáz encono del espectro airado;
Y al sueño regalado
Quise volver los doloridos miembros,
Como al desprecio la ominosa historia.
Mas el alba rasgaba ya en oriente
De la noche funesta el denso velo....
¡Noche solemne de eternal memoria!
¡Horrenda noche de pavor y duelo!
Cuanto de luto y de horfandad el alma
Trémula presagió, llora cumplido:
¿Cuál pues, ó crímen! cual es tu esperanza,
Si mientras llenas de tristeza al mundo,
Por digno premio la virtud alcanza
La estrechez de la huesa y el olvido?
¿Olvido?.... ¡O como al pronunciarlo el labio
Yélase de terror! ¿Y qué se hicieron
El orgullo, las necias ilusiones,

Y la pompa y el fausto? Do se fueron
Hermosura, tus galas, tus pasiones,
El preciado color del rostro terso,
Los ayes del amante, el fiel suspiro....
Que al revolver los soñolientos ojos,
Por doquiera despojos,
Estragos, ruinas, y sepulcros miro?
Todo perece; ¡ai triste! todo muere:
Tú empero vivirás, Delia, en el seno
De tu angustiado esposo; en el cariño
De tu prole infantil. La amistad santa
El ara ya levanta,
Y propicio holocausto te apercibe
Que sobre el trono de Salem dichoso
Gozando apar de Dios grata recibe.
¿Quién mas digna del lauro preparado?
Tú á la patria modelo has deparado·
Del amor filial: consorte tierna,
Por los esmeros de tu afan prolijo
Dulce embeleso de mi amigo fuiste;
Y madre sucumbiste
Dando la vida con tu muerte á un hijo.
Cese el canto: ya el Sol se precipita
En el mar de occidente, y los raudales
De su lumbre peremne nos esconde.
Mas; ¡Oh Musa! responde:
¿Cuál sentido clamor el aura agita
De italica inmortal cabe los muros,
Y el sosiego que humildes acataron

En su curso sin fin los canos siglos
Con insolita audacia ora interrumpe?
Al oirle potentes desquiciaron
Las puertas de los túmulos oscuros
Do el sueño eterno de la paz dormian
Los nietos de Trajano no vencidos;
Y las yertas cenizas sacudiendo,
El término violaron
Que los tiene del mundo divididos.
Ya con pausa solemne se encaminan
A la heróica ciudad, y ya penetran
En las fosas cegadas que dominan
El viejo cementerio.... ¿A quién las palmas,
El sublime laurel que asen sus manos,
Y el himno se destinan?
A tí, jóven belleza, que los vanos
Ecos del mundo desoyendo justa,
En pos del fiel esposo recorrieras
Los campos desvastados
Y las yermas praderas
Donde ergüieron sus torres altaneras
Los italicos templos celebrados.
Dadme que mezcle al armonioso coro
Un lánguido suspiro,
Nuncio fiel del ocalto sentimiento;
Que si en alas del viento
Ascendiere senoro
A la pura region del almo cielo,
Decir pueda yo á Delia desde el suelo."

«Viva te respeté: muerta te lloro;
Salud! manes, salud! mi diestra inclino
A deponer la funeral corona
En el recinto del sepulcro helado;
Y cuando salva la medrosa planta
Su límite sagrado,
El impávido aliento me abandona.
He aquí el último don que condolida,
La amistad os presenta: no es el mirto
Con que los juegos del amante ornaron
Vuestra frente querida
En la noche mas dulce de la vida.
Las flores se agostaron
Al soplo abrasador de mis gemidos,
Y solo el genio ofrece
La enhiesta rama del ciprés frondoso
Que en la morada de la muerte crece.
!Ay! no suspenda, no, vuestro reposo
El hálito del crímen, si rodea
Este lecho de paz turba nefaria;
Y al cubriros la tierra hospitalaria
Espárzase propicia, y blanda os sea.

Francisco Tirado y Mario.

ELEGIA.

Quod petitur, pœna est: neque enim miser esse recuso.

Ovid. Trist.

I.

¡Y todos lloran! y suspiran todos!
¡Tiendo mi vista enderredor y veo
La macilenta sien de los poetas
El ciprés melancólico ciñendo
Y en la pálida frente del esposo
El crespon funeral mecer el viento!
¡Muérte! ¡Desolacion! Si esas guirnaldas
Que en vuestras manos trémulas comtemplo,
Han de ornar una tumba, si ese llanto
De amor y de amistad, llanto de fuego,
Va una frente á regar en que por siempre
Con la vida se ha helado el pensamiento,
Si la alma voz que en derredor del ara
Por el amor alzada al himeneo
Al placer imploró, de los sepulcros
Ha de perderse en el profundo centro;
Yo tambien cantaré. Mirad mi lira;
Las nieblas y mis lágrimas á un tiempo
De otras tumbas al pié, sobre las rocas
Sus cuerdas de terror humedecieron.
Sobre ellas han pasado confundidos
Del rayo al resplandor, al son del trueno

Entre los ayes del tormento mio
La tempestad, las nubes y los vientos:
!Ah! dejadme acercar.... que yo la vea,
Que á esa muger en cuyo inmóvil seno
Reposa un corazon que ayer latía,
Que animaba el amor hace un momento,
Consagre con mi tierna siempre viva
Mi último parabien, mi adios eterno.
Mi adios! otra muger! Tambien hermosa,
Pura, ideal, y en fúnebres arreos
Velado el talle que estreché mil veces
Palpitante de amor sobre este pecho,
Estos ojos tambien en la agonía
A la que fué su luz no ha mucho vieron,
Y en densas nubes de color de muerte
Su rostro de ángel para siempre envuelto.
Ven conmigo y acércate.... no tiembles....
Contempla ese ataud. ¡Ay! yo comprendo
La inmensidad de tu dolor ¡oh amigo!
¡Hombre infeliz! y á tu temblante acento
Puedo unir una voz ronca, terrible,
Que estremezca al destino, porque siento
A par de mi dolor, siento en el alma
Tu bárbaro dolor: y eso que llevo
En este corazon enflaquecido
De cien pasiones al contrario esfuerzo,
Esa resignacion del que no espera,
El gérmen de esa calma, de ese hielo
Que al fin fortalecidos por los años

Serán mi escudo contra el hado adverso.
Silencio! el arpa de la muerte es mia:
Dejádmela pulsar: despierte el eco
Del sagrado recinto: algun cadáver
De un amor delicioso á los recuerdos
Levantará en el túmulo su frente
Del duro mármol del reposo eterno.
Un instante no mas: para él la vida
Será un ensueño de su largo sueño:
De amor el canto asordará el de muerte,
Y á su sueño sin fin habrá ya vuelto.

II.

Flor, linda flor que el ruiseñor besaba
En la orilla sin flores del torrente,
El huracan se desplomó inclemente
Y en las revueltas aguas la arrojó.
¿ Donde está ya? Bajo las ondas ruje
El hondo abismo que á la flor espera.
¿Por qué no nace en la gentil pradera
La flor que el seno del amante ornó?
Y no ¡infeliz! que envuelto en la tormenta
Que á la flor del torrente no perdona,
El ruiseñor doliéndose abandona
El verde ramo que su nido fué.
No canta ya, como cantaba un dia,
Su dulce amor en delicioso canto:
La hermosa flor que le inspiraba tanto,

Su amada flor ni entre las ondas ve.
  Despojo del amor, tu alma de fuego
En que el genio del mal su diente ceba,
Ya ¡dulce amigo! en su aridez no lleva
Prendida á sí la rozagante flor.
Tu existencia su córola no inflama
Con sus íris de espléndidos colores;
Huérfano el lecho al fin de tus amores
No lo embalsama en su celeste olor.
  La flor que en su brillante primavera
Los crudos aquilones arrancaron,
No es la flor que tus besos encantaron
Con el soplo de amor, helado ya.
La que envuelve el raudal, no es la azucena
Que en tu seno los ángeles besaban;
No es la flor que los hombres te envidiaban,
La que en el fondo del abismo está.
  Ni es tuya, no: la trasplantó el destino
A ornar otro jardin en otro suelo:
Mecida por los céfiros del cielo
Se ostenta mas hermosa en el Eden.
A la sombra del árbol de la dicha
No teme allí del mundo las tormentas:
Que se estrellan las ondas turbulentas
En las orillas del eterno bien.
  ¿Lágrimas quieres tú sobre la tumba
De esa que fué de tu ilusion tesoro?
¿Lágrimas de dolor? ¡Ah! yo no lloro
Sobre la tumba de los muertos, no.

La tumba de los vivos es bastante
Para agotar las lágrimas del alma:
No con mústio ciprés, con una palma
Corono el mármol de las tumbas yo.
  Mira en torno de tí. No el infortunio,
Es la maldad la qne triunfando aterra.
¡Ah! si tú comprendieses ¡cuanta encierra
Mi corazon ahora ¡cuánta hiel!
No hay amor, no hay amor. Tú no lo tengas,
Pues no lo tengo yo: gozo en tu daño.
En mí cada ilusion fué un desengaño,
Y gozo al menos cuando soy cruel.
  No hay consuelos en mí. ¿Qué he dicho? Calla.
¿Qnién en el trance amargo te consuela?
Salva conmigo la estension y vuela
Al seno de la oscura inmensidad.
Tal vez por mi furor alimentado
Pensamiento fatal tu mente agita.
¡*Aquí*! un fantasma aterrador te grita.
¡ *Todo hasta aquí! La muerte es la verdad.*
  !Ah mentira! blasfemia! Ese cadáver
Es el fardo no mas que el alma encierra:
Murió: la tierra reclamó la tierra,
Y el sepulcro su presa demandó.
Trazada está la senda oculta al hombre,
Mientra el hombre es mortal, del paraiso.
Tu esposa ha muerto al mundo, Dios lo quiso:
Tu esposa anima allí, Dios la llamó.
  Cuando al fulgor del astro de las sombras

Que embellece en su albor hasta las tumbas,
Pisaste alguna vez las catacumbas
La sien doblada, vacilante el pie
¿El profundo silencio de la noche
Has por ventura interrumpir oido
La voz de los que fueron? ¿un gemido
Lanzó la piedra que tu asiento fué?
¿Alzóse algun espíritu á pedirte
La paz que huye de ti? ¿paz ó consuelo?
¿Has visto á los arcángeles del cielo
Hogueras de cadáveres formar?
Si el Dios de la bondad y la justicia
El Dios fuese tambien de la venganza;
Sí, el corazon cerrado á la esperanza,
Del infierno escalon fuese el altar;
Si fuese ya la eternidad del alma
La eternidad terrible de la muerte,
Si aquí finase, en la materia inerte,
El gran principio del humano ser;
¡Oh desesperacion! tú el Dios del hombre,
Que espera siempre porque siempre gime:
De la inmortalidad la fé sublime
No naciera en nosotros al nacer.
Nunca jamás de la primera nada
Saliera el hombre para tal destino:
El vicio alfombra en flores su camino
Y en abrojos acaso la virtud.
Y la hermosa que nace y vive y muere
Hija y esposa y madre en santo lazo,

Cuando vuela exalada á tu regazo
¿El sepulcro hallará ó el ataud?
No son el vicio y la virtud hermanos
Para el bien, para el mal, ni aun en la tumba.
La losa que ante el hombre se derrumba
Un cadáver no mas puede cubrir.
Mira si el roble que del monte rueda
Y el viento que en su curso lo ha tronchado
Al cráter de tinieblas coronado
De un abismo comun se van á hundir.
Murió, es verdad. El ángel de la muerte
Arrancó de tus brazos á tu esposa:
Tú eres muy infeliz, ella es dichosa;
Su herencia el bien, tu herencia la afliccion.
Allá en el fondo del dolor empero
Busca, pensando en ella, una esperanza:
Tu la hallarás, que aun á formarte alcanza
De su felicidad una ilusion.

III.

«No hay ilusiones para mí.... no hay nada
«Mas que muerte y dolor. En vano insulto
«Con maldicion sacrílega á los cielos....
«Envano con mis votos los conjuro
«A desgarrar bajo mi pie la tierra
«Que en mis sangrientas lágrimas inundo.
«No sigo yo su huella.... cielo y muerte
«Son al clamor de la desgracia mudos.

«Ni ella ni Dios me escuchan.... ¡oh adorada
«Prenda de mi dolor! ¿nunca ya juntos?
«¿Es tan ancho el torrente que separa
«Del mundo de los muertos este mundo,
«Braman con tanto estrépito sus ondas,
«Que no se oye mi voz en tu sepulcro"?
Se oye: en el cielo y en la tumba.... escucha....
¡*Hijos mios!*—¡mis hijos!—Tú eres suyo......
Tu vida es de tus hijos.... eso dicen
Los ecos que en los ámbitos oscuros
De estas sagradas bóvedas resuenan:
Quizá en tormentos hórridos convulso
El cadáver se agita de tu esposa
De su lecho de muerte en lo profundo,
Y la doble horfandad quizá te culpa
De esos dos angelitos que en el mundo
No tienen mas arrimo que su padre,
Ni otro amor que tu amor. Sí: yo la escucho:
A tanta pena reanimar su vida
El abandono de sus hijos pudo,
Porque si algun amor vive en la muerte,
Es el amor de madre. Tiernos frutos
De un árbol destroncado que á su sombra
Crecer debieron y mecerse juntos;
Cuando fuese verdad que el mundo entero,
Tus amigos tambien, el rostro enjuto
Y cerrados los brazos, todos, todos
Pasasen ¡triste amigo! al lado tuyo
Sordos á su clamor, cuando yo propio

No partiese contigo tu infortunio;
Ellos te quedan: el amor de un padre
A su triste horfandad sirva de escudo.
Míralos.... aquí están.... dí que no tienes
Ningun consuelo ni placer ninguno.

IV.

Tú los verás. Cuando suene
De la noche la campana,
Cuando el sol y la mañana
En otros cielos estén,
En esas tétricas horas
De espanto y de sombras llenas
Doblarán, como azucenas,
Su melancólica sien.
Y los párpados cerrados
Con dulcísimo embeleso
Del sueño el lánguido beso
A dar á su madre irán.
Y no hallarán á esa madre,
Que les robó la fortuna.
¡Desgraciados! ni en la cuna,
Ni en el lecho la hallarán.
Les faltarán las caricias,
Porque les falta el cariño.
¡Niña infeliz! ¡pobre niño!
Mas les valiera morir.
El cielo en ellos emplea

Rigor de muerte inhumano:
Ni el dulce nombre de hermano
Saben aun balbutir.
No alcanzan sus manecitas
Al sepulcro de su madre:
¡Inocentes! de su padre
No alcanzan al corazon.
Y son ya desventurados
Con sin igual desventura.
¿Por qué en la tormenta oscura
Abriste ¡oh rosa! el boton?
Ellos que en brazos dormian
De sus sueños encantados
Por la esperanza arrullados
De otro beso al despertar,
Ellos que al ver ya cadáver
Esa madre que perdieron
«Durmiendo está" se digeron
Sin temer y sin llorar;
Lloran al fin: la ignorancia
En el dolor del consuelo
¡Cuan doloroso ¡alto cielo!
No debe hacer el dolor!
Ante Dios y ante su padre
Su inocencia encuentre gracia:
No comprender su desgracia
Es su desgracia mayor.
Nacieron junto á una tumba
Y aire de muerte respiran:

En torno á su frente giran
Los cárabos y el ciprés.
El mármol aun no ha caido
Que debe cubrir la huesa:
Si reclinan su cabeza,
Nunca la alzarán despues.
  Y aunque vivan ¿cuál su vida,
Si tú con ellos no lloras?
¿Si á tí mismo te devoras
Con ese mortal furor?
Sobre esa tumba otra tumba
La tuya erije ¡oh amigo!
Pero llévate contigo
A esos hijos de tu amor.

V.

¡Morir! ¿porqué morir? si de esas vidas
La aurora empañan del pesar los nublos,
Si de una madre les vedó el destino
El puro amor en el regazo puro,
Cubra en buen hora su funérea cuna
El velo de crespon del infortunio:
Pero arráncalo tú. Vendrán las noches,
En que ya despuntado el hierro agudo
Que llevas en el alma, del consuelo
Respires en la atmósfera, y tu luto
Sobre el marmóreo pavimento arrastres
De esta opaca mansion. Silencio augusto

En la tierra, en el cielo, leves auras
Remedando un suspiro en su murmullo,
Rayos de luna del sepulcro entorno
Y ofrendas de amistad sobre el sepulcro,
Misterio, soledad, melancolía
Encontrarás aquí. Plácido anuncio
Son ya de la templanza de tu pena
Esas lágrimas tiernas que en su curso
No queman, cual quemaban, tu megilla.....
!Ay! tú vendrás en la tiniebla oculto
De alguna noche plácida y serena
A rendir á tu amor nuevo tributo
De flores y de lágrimas; y entónces,
Mientras velado en su ropage oscuro
El universo duerma y todo alhague
Tu pasion melancólica ¿que mucho;
Si elevándote á Dios, un suelo dejas
Con sangre, con cadáveres inmundo;
Que mucho, dí, que en tu memoria enlace
Divino talisman, celeste nudo
El recuerdo de amor de lo pasado
Con la fé de otro amor en lo futuro,
Y encuentres en tu pena tu consuelo,
Cediendo tu pasion del tiempo al yugo?
Será: que al tiempo que la dicha roba,
No resisté el dolor: momentos hubo
En que eterno tambien yo lo juzgaba
Cuando otra hermosa pereció. ¿Quién pudo
La flecha desclavar, cerrar la herida,

La sangre restañar, si á Dios no plúgo?
Eleva al cielo tu oracion. El himeneo
Deja que entone el soñoliento buho
De la noche y la muerte, y de esos niños
Enguja el llanto cual tu llanto enjugo.
Abrázalos..., ¡Esposo desgraciado!
Padre feliz serás. El cielo es justo:
Y si él nos pide la oracion y el llanto
¡Ay! lloarémos y orarémos juntos.

G. Garcia y Tassara.

ELEGIA.

Non so chi sia quello stranier.
Metastacio.

Sombria la noche el enlutado cielo
Con tremendo furor rayos lanzaba,
Y mi turbado corazon llenaba
De pavoroso miedo.
De una pálida lámpara al reflejo
La musa de los bosques invocaba,
De mi patria los cantos recordaba,
Sus glorias repitiendo.
Pero el nombre de Santos
En las nubes se oia
Y el viento repetia
Con gemidora voz tan dulce nombre.
Recuerdo entonces de mi caro amigo
La dolorosa pérdida y escucho
Al punto que mi lira
Con triste son suspira.
¡Musas! templad la dije,
De mi amigo el quebranto
Tristes cantemos con amargo llanto;
Tierna amistad exige
Acompañe su acento
Y mis quejas tambien entregue al viento.
El trueno entonces con furor vibrando
El reluciente rayo despedia

Y me hallé con espanto contemplando
Una pálida sombra que gemia.
Con magestosa planta se me acerca
Y con sonora voz, «oye, estrangero;
No te conozco, dice; ¿por qué turbas
Con ese débil canto
El sagrado reposo de las tumbas?
¿Conócesme tu acaso? ¡Ay! no, la dije,
Pero el hermoso nombre
Que en las nubes el viento repitiera
Y ese bello semblante me asegura
Fuiste la que en la tierra
De paz colmó á mi amigo y de ventura.
Mil veces le escuché de su adorada
La virtud encomiar y la hermosura,
Y sé tambien, Señora,
Que tu rostro ostentara la dulzura
De los primeros rayos de la aurora.
Del palmoso Saldaña entre los bosques
Mi cuna se mecia removida
Por la mano de madre cariñosa,
Y de este bello clima
Tú respiraste el aura bulliciosa.
El destino inclemente
En voladora nave me condujo
A la fértil llanura
Do crece la espadaña,
Y con sus puras aguas Betis baña.
Allí viera un anciano

La algosa frente sosteniendo apena,
El espejo turbando
De las pálidas aguas con su llanto:
¿A donde vas? me dice,
Dejas del Magdalena
La plácida y amena
Playa que amor bendice,
Y vienes á las mias,
Donde ya no hay amores,
Porque perdí mis flores
En muy aciagos dias,
Y entre ellas !oh tormento!
La muerte arrebatara
A la que mas amara,
A Santos, mi ornamento.
Entona tú sus loores;
Fué tan pura y hermosa
Como fué tierna esposa,
Madre de dos amores.
Un profundo gemido
De su pecho lanzara
Y en las aguas doliente se arrojara.
Señora, este mandato
Y el no ser estrangero,
Cual tú dijiste, hácia tu caro esposo,
Me obligan á cantarte,
Y si aun vivieras ¡ah! tambien á amarte.
A mi voz se reviste la sombra
Del carmin de la aurora radiante

La sonrisa en su noble semblante
Un momento se viera brillar.
Magestosa del suelo se alzara,
Y la miro con rápido vuelo
Elevarse entre nubes al cielo
Donde debe por siempre habitar.

Francisco Caicedo.

A UN AMIGO EN SU VIUDEZ.

Es la amistad el alma de la vida,
Do nace del placer la rosa pura,
Que la virtud sustenta;
Ilusion celestial que nunca olvida
El hombre pensador; roca segura
Que en la recia tormenta
De la desgracia el huracan resiste;
Ardiente sol que el corazon inflama;
Irresistible ser del hombre que ama;
Amparo, y gloria y salvacion del triste.
   Al triste ¡ay Dios! que, en lágrimas desecho,
Ni un rayo de esperanza
Le es dado concebir, ni á la venganza
De noble saña descubrir el pecho,
Contemplando en su lecho
De la viudez la fúnebre presencia
¿Que le resta en el mundo por consuelo,
Si el decreto fatal de allá.... del cielo
Para tí, le repite, *no hay clemencia?*
Tan solo la amistad: pura, sublime,
Como la aurora del naciente dia,
Alumbra la razon de aquel que gime,
Sin templar de su pena la agonía;
Y gastando el dolor, que el hombre oprime
Al recordar pasada su alegría,
La sagrada amistad vuelve la calma,

Al alma llega y embebece el alma.
  Que el insigne atributo
De embotar el agudo sentimiento
Al sentimiento mismo
Concede la amistad. Ni basta el luto,
Baldon tal vez de hipócrita egoismo,
Que oculta el pensamiento;
Ni basta la verdad de la congoja,
Que convierte en martirio
La vida del que amó: crudo delirio
Sobre su mente la desdicha arroja,
Y la fiebre voraz de su amargura
Deshace la amistad con su dulzura.
  Sin ella ¿que es el mundo?...
Teatro de maldad, lago profundo,
Do la virtud naufraga
Al bárbaro soplar de las pasiones,
Que todo lo destroza;
Y renovando del dolor la llaga,
Al compás de infernales ilusiones;
Solo el infame en su demencia goza.



  Revuelve en vano la mente,
Con amarga incertidumbre,
De tu penar los recuerdos
Que tu existencia consumen.
En vano, sí, que en la pena

Las esperanzas nos huyen
Delante de los deseos,
Cuanto mas gozarlas cumple.
¿Qué vale que el sol un dia,
Puro y alegre deslumbre,
Si está otros ciento velado
Entre fatídicas nubes?
¿Qué estrella al náufrago entonces,
Si el huracan se sacude,
Conduciràle hácia el puerto,
Do esté de riesgos inmune?
¿Y cuál premio !oh Dios! le espera
Al que, rico de virtudes,
Con incesante plegaria
A tu omnipotencia acude?...
Si nace el hombre maldito,
Sin que voluntad le culpe,
¿Donde está ¡oh Dios de clemencia!
De tu amor la viva lumbre?
¿No basta, no, que, sugeto
Del fiero dolor al yunque,
Su porvenir, su horizonte
En su miseria le ocultes?
¿No te bastan tu grandeza,
Tus ángeles, tus querubes,
Tu inmensidad.... todo cuanto
Entre misterios encubres?
Que apenas la llama pura
Del placer al hombre luce,

Cuando apagada la mira
Por tu querer insolnble.
¿ Y qué consuelo, que dicha
A su pesar sustituye?
Nuevo pesar, pena nueva
Y nuevas vicisitudes.
Que son, pasados los goces
Siempreviva sin perfume,
Flor que alimenta recuerdos,
Recuerdos ¡ay! que destruyen.
Son los suspiros su brisa,
Su sol la lámpara lúgubre,
Las lágrimas su rocío,
Y el padecer su costumbre.



Es cierto, caro amigo: entre dolores
Pasa el mortal su vida lastimera.
Si ventura jamás para él hubiera,
¿Cómo el martirio de la vida huir?
Tú probaste el licor de los amores
Con tu amada mitad cien y cien veces:
Y luego á la viudez de amargas heces
Tu ardiente corazon le plugo henchir.
Solo el recuerdo de tu bien te queda;
Memorias de dolor, tristes pesares....
Que dulce la amistad con sus cantares
Ansía para siempre mitigar.

Para siempre ¡oh gran Dios! dadme que pueda
Borrar mi amigo su afliccion, su duelo....
Que nunca la piedad faltó en el cielo,
Como el agua no falta de la mar.

Fernando Calvo Rubio.

ELEGIA.

Immatura perii; sed tu felicior, annos
Vive tuos, conyux optime, vive meos.

Amigo, el eco de dolor en vano
Al cielo envias, y tu dulce esposa
Pides te vuelva en tu delirio insano.
¡Ay! sin amada en soledad penosa
No verás en la senda de tu vida
Ni un rayo de esperanza, ni una rosa.
La dulce paz del alma apetecida
No cerrará tus párpados cansados
En la tranquila noche sin querida.
Y si de aguda pena fatigado,
Hallan tal vez reposo pasagero
En los brazos del sueño regalado.
Tu la verás, y el rostro placentero,
Y aquellos labios do libaste un dia
El beso ardiente del amor primero.
En sueños la verás, tu fantasía,
Tan bella, angélical como la viste
Cuando en la llama de tu amor ardía.
¡Fatal ensueño! al despertar, ó triste,
Verás que es ilusion y sombra vana
Cuanto segura dicha y bien creiste.
Y al llanto tornarás.... la muerte ufana
Te arrebató tu dulce compañera,
Cual violento huracan la flor temprana.

Gloria del Betis y sus Ninfas era;
Mayor prodigio de donaire tanto
En el suelo andaluz nunca se viera.
Renueva, amigo, el doloroso llanto;
Llorando la amarás hasta en la tumba;
Yo la lloro tambien cuando la canto.
Tal vez en torno tuyo agora zumba
Turba molesta, y pertinaz te dice:
«No tu pecho al dolor triste sucumba.
«Tu esposa entre los ángeles felice
«Hora de Dios gozando está en la gloria,
«Y á su inmenso poder santa bendice."
¡De la muerte al trofeo esta victoria
Tambien añade el hombre, pretendiendo
Borrar del bien perdido la memoria!
¡Tirana sociedad! siempre mintiendo,
Al sentimiento natural locura
Llama, y dementes los que vé sufriendo.
Tú, empero, amigo que de piedra dura
El corazon no tienes, llora y gime;
Merece mas su amor y su ternura.
Ella en belleza y en virtud sublime,
Fué de amantes y esposas el dechado;
Justo es que el lloro su sepulcro anime,
Desde esa eternidad, mundo ignorado,
Te dice tristemente: no abandones
Ni mi memoria, ni el sepulcro helado.
Y si cediendo á nuevas ilusiones,
Otra tea nupcial tu mano enciende

Y te rinde otro amor en sus prisiones.
A la morada del dolor desciende;
Ve terás una lágrima amorosa,
Que entre sepulcros á sentir se aprende,
Antes de tiempo, como tierna rosa
Que muere sin llegar al mediodia,
Cortó la muerte mi existencia hermosa.
Suerte mas fausta que lo fué la mia
Goza, y tus dias bonancibles vive,
Y los años que yo vivir debia.
Quien el sepulcro de su esposa esquive,
Amigo, visitar, maldito sea,
Y de otra el corazon nunca cautive.
Misero viudo, de ciprés rodea
La tumba fria y tu abatida frente:
Impreso en ella tu dolor se vea.
Si bárbaro el destino no consiente
Torne á tus brazos y á la vida Santos,
Burlemos ¡ay! su cólera inclemente....
Viva en tu corazon, viva en mis cantos.

Joaquin Perez Comoto.



Lit. de V. M.C.

LOS HERCULES.

LOS HERCULES.

Dentro de los muros de Sevilla y en medio de uno de sus barrios, tres anchas largas y paralelas calles de árboles gigantescos y antiguos, delante de los cuales corre por un lado y otro un asiento de piedra; forman el antiguo magnífico y casi olvidado paseo, que se llama *la Alameda vieja*. Seis fuentes de mármol, pequeñas pero de gracioso y sencillo gusto, brindan en ella con el agua mas deliciosa de la ciudad; y le sirve de entrada un monumento de la antigua Hispalis y de la romana dominacion. Formánlo dos gigantescas columnas antiquisimas, llamadas vulgarmente *los Hércules*, compuestas de dos cañas ó afustes de un solo pedazo de granito cada una que estrivando en bases aticas tambien antiguas, sobre pedestales modernos de muy buena proporcion, se ven coronados con sendos capiteles de mármol blanco mutilados por el curso de los siglos, de órden corintio y de gran mérito; sobre los que se alzan en uno la estátua de Hércules, en otro la de Julio Cesar. La altura y gallardia de estas columnas, á quien el tiempo ha robado parte de su robustez, descarnando con desigualdad su superficie, y dándoles mas delgadez y esvelteza; la magestad con que descuellan sobre el gigantesco arbolado y sobre los edificios de la redonda; la gracia y novedad con que dibujan su parte inferior sobre masas de verdura y ramage, y la superior sobre el azul puro del cielo de Andalucia; lo vago de sus contornos, y el color indeciso y misterioso de la edad les dá una apariencia fantástica é indefinible, que causa sensacion profunda en los ojos y en el corazon de quien las mira y contempla.=Por cierto no tienen tal virtud las dos hermanas raquiticas que quiso darles el siglo pasado, en las ridiculas columnillas de ocho pedazos cada una, que en la parte opuesta de la Alameda, como si dijéramos á su salida, se colocaron. ¡Que diferencia!...... Aquellas son las canillas de un gigante, estas un juguetillo de alcorza.

No entraremos, por no ser nuestro propósito, á disertar sobre si estos colosos fueron parte del peristilo del templo de Hércules ó del ornato del templo de Diana: sobre como y por quien fueron hallados: ni sobre si son de mármol del pais ó de mármol de lejanas regiones. Solo diremos quo estuvieron muchos años tendidos y casi soterrados en la calle que acaso por esto se llama *de los Mármoles*; y que reinando Felipe II en el año 1574 se colocaron con muy buen acuerdo como y donde estan, habiéndose plantado entonces la Alameda, y hecho el paseo de que parecen los guardianes. Quien quisiere saber mas circunstancias de las tales columnas lea á Rodrigo Caro, y sobre su colocacion consulte las lápidas de sus pedestales.

Raras y estupendas cosas deben de haber presenciado estos respetables gigantes, desde que el buen gusto de un asistente los levantó del pólvo en que dormian, y los puso otra vez de pie para ver la miseria y pequeñez de los hombres. Lo que yo siento es que son tan reservados y tan cazurros, que no quieren decir esta boca es mia, ni contar nada de cuanto han visto; que si decirlo quisiesen nos darian materia divertida para un artículo de gusto. Ya que callan como muertos (y ojala imitara su silencio la turba de monigotes, que con sus charlas nos tiene tan por el cabo) diremos nosotros cuatro llenas y cuatro vacias, á fuer de articulistas, y Dios nos coje confesados.

La *Alameda vieja*, fue niña, y luego jóven, y temiendo sin duda el Sr. asistente conde de Barajas, que la engendró y crió con tanto esmero y cariño, que la muchacha se desmandase si campaba por su respeto, le puso de tutores y curadores, y á guisa de dueñas respetables, á los señores *Hércules*, para que con su esperiencia la dirigiesen, vigilando y regulando su comportamiento. Los sinsabores y malas noches que habrán pasado los prudentes monolitos con esta inconvencia, puede figurárselos el lector que tenga ó haya tenido á su cargo una pupila; ó la lectora que esté ó haya estado á cargo de un tutor; y cuantos educan y han educado muchachas, y cuantas muchachas son y han sido educadas. La Alameda cuando apenas se alzaba del suelo y era niña parece que estuvo sumisa á sus guardianes, y que oyó sin chistar sus buenos consejos; pero en cuanto se empinó y se vió lozana y jóven y festejada y concurrida, perdió la chaveta como era natural, y lo mismo se curaba ya del buen ejemplo y sanos consejos *de los Hércules* que de las nubes de antaño. Y aunque tan moza diz que dicen que manifestó muy desde luego gran inclinacion, muy agena de su edad y de su mérito, á la terceria. Y que por mas que sus señores directores se lo afearon y con muy sentidas y cristianas razones se lo reprendieron; no lograron apartar á su pupila de tan baja inclinacion, que á decir verdad aun hoy dia conserva.

Muy linda y elegante debia estar cuando toda la nobleza sevillana concurria á ella y solo á ella, por que no habia otro paseo ni punto de reunion: siendo por lo tanto el terrero de la belleza y del lujo, y el teatro del trato ameno, y de los conciertos amorosos. La Alameda entonces seria una especie de jardin de encantamento con tanto brial de brocado, con tanto manto de tafetan de Florencia, con tanto encage de Flandes, con tantas plumas y sombrerillos, con tantas ropillas de

varios y risueños terciopelos, ó de espléndidos y brillantes rasos, con tantas calzas de diferentes colores, con tantas capas bordadas, tantos hábitos, tantas cadenas, tantas tocas y sombreros con cintillos, toquillas y penachos: tantos estrangeros, soldados, frailes, estudiantes, con tanta dama, tanta tapada, tanto valenton, tanto donaire, tanto ceceo, tanto amorio, tantos celos, tanto chasco y tanta trapaceria. ¡De cuanto lance y compromiso habrá sido escena! ¡que espacioso campo hallaria entonces su mencionada inclinacion! ¡cuánto habrá hecho rabiar á madres, y á tios, á maridos y añejos amantes! la gota tan gorda les habrá hecho sudar á los señores *Hércules*. Allí sin duda en la tal Alameda ahora *vieja*, y entonces muchacha se encontraron mas de cuatro veces las dulces y tiernas miradas del divino Herrera, y de la hermosa condesa de Gelves y acaso al anochecer le deslizó él entre los pliegues del manto algun dulcísimo soneto de los que en nuestros dias ha publicado D. Tomas Sanchez. Y tal vez ella en cambio le metió en el guante el numero y señas de la casa de cierta beata costurera á donde tenia que ir á la mañana siguiente. Allí entre aquellos árboles, que ahora como viejos parecen tan regañones y tienen cara de pocos amigos, pero que lozanos y galanetes entonces estaban, habrá suspirado mil veces tras alguna gallarda tapada D. Juan de Jaúregui, y estudiaria lances y chistes para sus comedias y haria sus observaciones Juan de la Cueva. Y Rioja arqueando las cejas habrá contemplado las romanas columnas. Y leido sus versos jocosos á sus amigos Baltasar de Alcázar. Y Murillo mil veces al oir tocar á oraciones en el campanario de S. Lorenzo se pararia, se quitaria el chapeo, y rezaria las aves marias muy devotamente; y puede que en uno de aquellos momentos se le ocurriese la Virgen de la Faja, ó la Concepcion de Capuchinos. Y ¿sí seria en la Alameda vieja y al pie de los *Hércules*, donde topó Cervantes

Un valenton de espátula y gregüesco?

Luego la Alameda ya no *niña*; ni *jóven*; sino como si dijéramos *jamona*; siguió exercitando sus malas mañas: y ya á lo que es de colegir sin dársele de ello á los tutores un ardite, ó bien por que estaba emancipada como mayor de edad, ó porque cuando un mal no tiene remedio fuerza es el resignarse. Siguió pues, como decia, sirviendo de tercera y concertadora aunque con gentes de otra catadura y atavío, de los que dejamos indicados; porque los tiempos eran otros. Así que en lugar de galanes de ropilla y zangulon, y de damas de brial y tocas, se veia frecuentada y concurrida por señores de casaca, peluca, chupa, vuelos de encage, sombrero tricorne y espadin, y por petimetras de tontillo, ó caderilla, laufanda, polonesa, escofieta, tacones y demas galas propias de Versalles, y que en mal hora nos trajo el duque de Anjou con sus gabachos ¡y gavachadas. En esta segunda época de las glorias de la Alameda no vió en su recinto ni Herreras ni Murillos: pero oiria algunos requiebros y citas en champurrado de que se reirian sin duda algunos majos chapados á la antigua.

Voló el inexorable tiempo, empezó la señora Alameda á tenerse que sostener á fuerza de arte, de mudas, y de los recursos que da la esperiencia y el uso de mundo, aprovechando sobre todo la incalculable ventaja de ser sola, y de no estar sugeta á comparaciones; cuando en la márgen del Guadalquivir, ya de largo tiempo escombrada de mercaderes y de mercaderías, apareció entre la puerta de Triana y la torre del Oro, otra Alamedita, que aunque nació enfermiza, empezó á hacer gracia cuando niña y á llamar la atencion cuando jóven, hasta que desbancó ¡cosa natural! á la Alameda ya madura y provecta, y le echó á cuesta ¡ánimas benditas! nada menos que el dictado de *vieja*, conque la desplomó. Por cierto que ya lo ha pagado la tal niña con las setenas: pues quien á hierro mata á hierro muere. Y los flamantes paseos de *Cristina* y de las *Delicias*, han completamente vengado á la fundacion de Felipe II, á la pupila de los *Hércules*, á la confidente de los Herreras y de los Murillos, á la Alameda...... (fuerza es decirlo, y perdonemelo que aun me confieso su adorador) *vieja*.

Quedáronle sin embargo como á las señoras mugeres que fueron lindas y amables, algunos antiguos y fieles apasionados, pero........... antiguos y fieles: todo está dicho. El que esto escribe, que aunque ya talludito no es ningun Matusalen; aun conoció á la Alameda vieja, con una corte y concurrencia propia suya, de una fisonomía la verdad algo rancia y vetusta; pero de que era tan señora como el rey de sus alcabalas. Nunca le faltaba pues, cierta concurrencia, no muy bulliciosa pero cual convenia á su edad y á sus quebrantos. Los Domingos y festividades rodaban aun por sus calles laterales seis ó diez barrochos con dos ó cuatro bestias, (se entiende tirando de ellos) engalanadas con quitapones y cascabeles, que aun no se usaban en Sevilla carretelas ni tillburis. Y no faltaban cuatro ó seis caballistas, que gallardeándose en los jerezanos, ó por mejor decir moriscos albardones, y haciendo bailar en aquel terreno á primorosas jacas cartujanas y cordobesas, derribadas sobre las piernas, robaban la atencion del sexo devoto, y entusiasmaban á los aficionados que no podian menos de esclamar *!Ah hombre bueno!*=Entonces aun no habia caballos dupones, ni galapagos ó sillas hechas en Picadilly, ni la escuela de los jockeys habia sostituido á la de la gineta y á la del conde de Grajal; pero habia sin duda mas gallardos y firmes ginetes, y mas diestros y hermosos caballos. Pero al grano y no nos encumbremos, que toda afectacion es mala, como dijo oportunamente D. Quijote, sigamos lisa y llanamente nuestro cuento sin andar-

nos en comparaciones, que toda comparacion es odiosa. Veíanse, iba diciendo en la Alameda en aquel entonces, varias familias de los barrios circunvecinos; y majos con su capote jerezano ó su capa de seda encarnada, segun lo requeria la estacion, fumando, hablando de toros, y requebrando con gracia á las buenas mozas que pasaban á su vera. Y concurrian frailes, *(etiam periere ruinæ)* y señores canónigos, que aun los habia de veras, y el señor asistente acompañado de algunos machuchos personages: y varios oficiales de la guarnicion, porque entonces no se conocia la milicia nacional: estudiantes con sus hopalandas por supuesto, y mozalvetes vivarachos, que se daban raja de visitar y obsequiar á la *vieja*, pues como se dice vulgarmente *por la peana se besa el santo*: y gallardas muchachas, que aunque rodeadas de sus respetables y vigilantes familias, llevaban los ojos, algunos harto hermosos y espresivos para hacer de ellos el uso mas conveniente. Por lo tanto, la primera inclinacion arriba dicha de la señora Alameda no dejó de encontrar oportuno ejercicio en el ya poco numeroso y generalmente hablando formal concurso que la frecuentaba.

Ahora en estos dias venturosos y tranquilos en que vivimos tan rápidamente; como hemos progresado tanto todos, ha tambien progresado la *vieja* y está ya *decrépita*, a tal punto que se la puede contar con los muertos. Sin que para la sin ventura haya aprovechado la regeneracion feliz que ha habido para España toda, de la que no se puede negar que la tal Alameda de los Hércules es parte integrante y componente, aunque mínima.

Pero ¡cómo ha de ser!......... Ya no hay majos, que todos son elegantes; ya no hay tapadas, porque ahora se juega á carta descubierta; ya no hay ginetes, porque hay requisicion; ya nadie habla de toros, porque se habla de las cortes; ya no hay asistente, sino gefe político; frailes *volaverunt*, canónigos están muy apurados, guarnicion Dios la dé; barroches por ahí andan á sombra de tejado en las cocheras de Pineda sin osar hombrearse con los *charabanes, stanops* y *tilburis*......... con que ¿de qué se puede quejar la Alameda, si han ido afufándose del mundo, y que bien han hecho, sus naturales concurrentes? Nadie vuelve ya á ella los ojos, ni las tardes de verano en que tanta comodidad ofrece, por verse á lo menos libre de la nube de polvo calizo que oscurece y ahoga los paseos estramuros. Nadie la pisa de noche, porque todos prefieren ¡lo que es la perra de la moda! la estrechez, vapor y encajonado ambiente de esa mocosa coquetuela y presumidilla que llaman *Plaza del Duque*, y que allí muy cerquita se ha puesto con tán poco miramiento y tan poco temor de Dios á insultar á la decrépita en su agonía, á escarnecer el cadáver en la tumba....... Pero á pesar de tantos desastres, fuerza es decirlo, la decrépita, la moribunda, aun no se ha enmendado de aquella mala maña......... El diablo sea sordo.

Y para que no te figures la pintura que te hago del actual estado de mi predilecta Alameda, una declamacion de las que ahora se usan; y porque tampoco me creas bajo mi palabra aunque honrada; tómate la molestia, ó lector benévolo, de irte una mañanica, así como quien se vá al cementerio á rezar por los difuntos, á hacerle una visita de mi parte. Y es seguro que te se partirá el corazon al verla tan desierta y abandonada. Pues solo toparás con algun grupo de reclutas jugando al cané al pie y sombra de alguno de los álamos seculares, diez ó veinte ciudadanos, cubiertos de andrajos, tendidos aquí y allí, ocupados en dormir á pierna suelta. Otros tantos desperdigados acá y acullá buscando y reconociendo los mordedores habitantes de sus camisas y fajas, un par de docenas de pilluelos ya espigadetes, que ejercitan la ligereza de los pies y la sutileza de las manos, que juegan al toro, y que repiten en voz altisonante y argentina, las palabras mas cultas, honestas, y limpias de nuestro abundante idioma. Si con la pena de tal espectáculo no te se indigesta la comida, (de lo que te daré el parabien, pues será muestra evidente de que tienes que comer, cosa harto rara en estos tiempos en que hay crédito público, y cátedras de economía política) vuélvete á ver á la desventurada por la tarde. Y aunque sea una de las mas calorosas del verano, en que solo allí se respira; te apuesto un certificado que tengo de deuda sin interés, contra una carta de hermandad de la órden tercera, ó contra una patente de la cruz chica de Isabel la católica, que no te faltará, á que no la encuentras muchas mas decentemente acompañada. Hallarás si con el barquillero sempiterno, que de tiempo inmemorial fabrica y vende sus suplicaciones al pie de los dos monolitos venerandos, y el cual no parece sino que los copia en miniatura, ó que en su frágil artefacto y mercadería está haciendo un contínuo antítesis, con el tamaño, solidez y eternidad de aquellos. Y verás en segundo término y á un lado la buñolera, que de lejos y entre el humo parece una hechicera que hace sus menjurges, y si tiene al lado el gitano, que ya se verificó la evocacion. Entrando por las calles adentro toparás con cuatro ó seis vejetes apariciones, reminiscencias de otro siglo, y al oirles gritar con voz aguda *ya voy* creerás mas bien que son difuntos que obedecen al llamamiento de la trompeta final, que aguadores que te brindan con un vaso de agua. Y quiero que sepas que si otros aguadores jóvenes y del progreso por supuesto, te dicen allí *agua fresca agua*, faltan á la ley, lo que no estrañarás; pues *infringen* una órden del ayuntamiento dada allá en tiempo de entonces, pero *vigente*, en que se prohibe (no se porqué) vender agua en la Alameda. En las fuentes verás gallegos y asistentes, que disputan la vez á las pobres viejas y chiquillas del barrio, rompiéndoles ¡que poca galantería! sus desbocados cántaros y verdinosas alcarrazas con sus ferra-

das cubas. Y á una y á otra mano tiende la vista y te la llenarán varios pequeños grupos, y raros y esparcidos personages, todos mal parados, cabizbajos, como gentes del otro mundo. Ya dos tenientes y un capitan de la guerra de la Independencia con los pechos empavesados de cintas de varios colores, entre las que campea la de S. Hermenegildo, maldicen aquí en coro al intendente, porque no tiene medio alguno de abonarles su mezquina paga y bien ganado retiro. Cuatro ó cinco cesantes, que los conocerás á tiro de cañon, maldicen allí tambien en coro al intendente porque no tiene medio alguno de socorrerlos. Unos cuatro esclaustrados acullí con levita prestada, ó con manteo que les sienta tambien como á un ingles la capa, parece que rezan vísperas en coro, y maldicen al intendente porque no tiene medio alguno de matarles el hambre, cosa tan agena de la profesion que abrazaron. Aca una viuda con dos ó tres chicos esqüalidos y desarrapados, mira al cielo y maldice al intendente porque no tiene medio alguno de remediarla. Allí un paralítico vejete se pasea lentamente apoyado en el hombro de su nieto, acullá una vieja hidrópica hace penosamente ejercicio. Y por todas partes pobres y pobras clamorean y piden á personas aun mas necesitadas, mientras la turba de pilluelos, que ya viste por la mañana, acecha un pañuelo, ó una petaca, y siguen su educacion para llegar á ser ciudadanos españoles, parte del pueblo soberano que tan adelante va por la senda de la ilustracion y de los buenos principios. Si topas alguna espia jóven y decentemente vestida, ó ves en lontananza un petimetre que flecha el lente á alguna lejana bocacalle, ó descubres sentada en último término alguna dama sola y hechado el velo; no lo estrañes y recuerda la mala inclinacion que desde niña tuvo la *Alameda*. Haz la vista gorda y aguántate: el onceno no estorbar. Lo que seguramente no encontrarás allí, aunque te desojes, aunque trepando á los corpulentos árboles los escudriñes rama por rama y hoja por hoja, y echándote á gatas examines grano de arena por grano de arena con un microscopio, es un poeta romántico; cosa rara habiendo tantos en Sevilla, y siendo la Alameda vieja el sitio mas apropósito del mundo para recibir inspiraciones melancólicas, y sepulcrales, de las que andan tan en boga. Luego visítala de noche....... ... pero no, no te lo aconsejo, que pudieras muy bien ó dar tal tropezon que te condenará á andar con muletas todo el invierno, ó volver á tu casa como tu madre te parió.

Para el completo aniquilamiento, ó en frase corriente *reforma exigida imperiosamente por el progreso social*; de el desventurado paseo cuya vida y no *biografía* escribimos; han venido tambien á menos (como acontece á las busconas y pobres vergonzantes) las veladas, tan populares en esta ciudad y tan antiguas en ella. Las que se celebraban allí las calorosas noches de S. Juan y S. Pedro eran, digamoslo asi, el triunfo, el apogeo, el apoteosis periódico de la Alameda de los Hércules, cuyo espacio se convertía en un jardin mágico, fantástico, ideal. Luminarias, hogueras, y la mas clara luna lo alumbraban á un mismo tiempo: todos los habitantes de Sevilla concurrian á él, y el lujo, la alegria, la igualdad mas perfecta, la tranquilidad mas apacible, y el órden mas inalterable presidian en tan numerosa y hasta confusa reunion. Algunas tias rabiaban, algunos maridos se mordian los labios de ira, algunos buenos chascos se llevaban las lindas y los jactanciosos, pero todo esto era *pecata minuta*. ¡Oh que noches las de S. Juan y S. Pedro en la Alameda vieja!!! .... Pero pasó la moda y solo quedan en las veladas de Sevilla gitanas buñoleras, y turroneros cuyas gracias ya no son gracias, cuyos chistes ya no son chistes, los gritos de los vendedores, el humo, las luces, y alguna gente que no es gente. La lucida concurrencia y el interés dramático de la fiesta desaparecieron para siempre, con los mantos y verdaderas mantillas, con las capas de seda, y con el buen humor de aquellos tiempos *deplorables* y de *obscurantismo*, en que habia dinero y tranquilidad para divertirse.

Murió la Alameda vieja: *requiescat in pace*. Pero aconsejamos al lector curioso, que no deje de visitarla, cuando las crecientes del Guadalquivir la arrian, y convierten sus anchas y luengas calles, en un espacioso, profundo, manso y magestuoso lago, que reflejando como un espejo, el privilegiado cielo de este pais; da á las copas de los árboles, y á las dos venerables y gigantescas columnas la aparicion mágica de estar suspendidas en el espacio. Si este espectáculo magnífico y sorprendente se disfrutara todos los años en Paris ó en Viena, tendriamos los ojos doloridos y con cada orzuelo como el puño de verlo representado en cuadros, gravados, litografias, y dibujos, y de leer sus descripciones en verso y prosa, en cuentos y novelas, en *meditaciones* y *fracmentos*. Pero como la *Alameda vieja* con todos sus encantos, con todas sus reminiscencias, está en Sevilla, esta es la primera vez que se ve en letra de molde y en estampa.

S.***

RECUERDOS.

Ese dulce calor que desde oriente
Derrama el astro, rey de la mañana,
Inundando los cielos de oro y grana
Y los campos de olor,
Abre á la rosa el cáliz esplendente
Que mece al punto bullicioso viento,
Y despierta en mi pecho turbulento
Mil recuerdos de amor.

La noche ya pasó: yo sonreia
Oculto en su silencio misterioso
Y feliz oprimia el delicioso
Seno de la beldad:
En tanto que la luna recorria,
Envidiosa tal vez de mi ventura,
De la azulada esfera tersa y pura
La vasta soledad.

Blanca volaba en el espacio inmenso,
Ruborizando á la modesta estrella,
Y en la cándida frente de mi bella
Su rayo iba á morir,
Y así como en el aire el humo denso
Se eleva de la ofrenda religiosa,
El ardiente suspiro de la hermosa
Vi hasta el cielo subir.

Mas concluyó la luna su camino,
Y allá en el horizonte suspendida

Lanzó al mundo su luz por despedida,
Pálida al espirar,
Al impulso cediendo del destino
Se hundió con indolencia en el ocaso,
Y otro hemisferio fué con lento paso
Fúlgida á iluminar.

Dejó el sol de la noche al sol del dia
El campo etéreo abandonado y solo,
Y la hermosa tambien leyó en el polo
Un hora y me dejó.
Y fué tanto el dolor, la pena mia,
Al perder los abrazos de mi amada,
Cual fué negra la sombra que callada
El orbe circundó.

«Adios ¡astro fugaz! tú has presidido
Estas horas de encanto deliciosas,
Estas horas que huyeron presurosas
Para nunca volver;
No las sepultes ¡ay! en el olvido,
Guárdame solamente su memoria,
Y mi dicha serás, serás mi gloria,
Mi vida podrás ser.

Yo adoraré tu cenicienta lumbre
Cuando te alces opaca en el oriente,
Y hasta el mar borrascoso de occidente
Tu curso seguiré.
Yo treparé la peñascosa cumbre
De algun oculto solitario monte,
Y entre el denso vapor del horizonte
Tu disco buscaré."

¡Ilusiones de amor!..... El astro gira
Insensible en la bóveda brillante,
Sin escuchar el eco sollozante
Del tirano dolor.
Alumbra sin sufrir al que suspira,
Alumbra sin placer al que sonrie,
Y cual marmórea estátua yerto rie
Sin despedir calor.

Y huye el deleite: mas al alma deja
Un recuerdo fugaz, cual la fragancia
De una lozana flor que la distancia
No impide percibir.
Como del ave alegre que se aleja
Hendiendo el aire con oblicuo vuelo,
Se oye del ala que la eleva al cielo
El confuso batir.

M. Tenorio.

ANACREONTICA.

Lo que es el amor.



Quieres que en dulces versos
¡Oh encantadora Nise!
Cual muchacho inocente
Lo que es amor te pinte?
¿Y que en tu mente clara
Con vívidos perfiles
Su condicion retrate
Cetro y poder deslinde?...
Pues oye; nunca en ceño
Ni adusto lo imagines
Hablando corto y grave
Con voz desapacible,
Ni pienses que á lo fiero
Si el aire ó prado mide,
El ademan remede
De Césares ó Alcides;
No tal, que como niño
Es vivaracho y libre,
Es gárulo en palabras,
Es en locura insigne,
Y armado con dos alas
De oro y azul sutiles
Huye el azar funesto

Del nudo indivisible;
Que á amor cual Dios del mundo
Las cadenas le oprimen,
La sugecion le cansa
Y prisiones resiste,
Otros lazos no quiere
Que rosas y jazmines,
Solo el placer lo fija,
Solo el placer lo engrie.
Si lo incitan ¡que aleve!
Afecta mil melindres
Y parece que huye
Para luego rendirse.
Si prueba ingratitudes
Maligno se sonrie,
Y en aleve celada
Acecha algun desquite,
Que es, capitan famoso
En tan sabrosas lides
En armas Alejandro
En cautelas Ulises.
Si fingidos desdenes
Con risa los recibe,
Pues sabe que sus gracias
Todo al fin lo consiguen.
Si halla dudas, desvios,
Trama asaltos ó ardides,
Tahur de malas flores
Si juega engaña y riñe,
Destilan sus cabellos
Mil perfumes y almizcles,
Y brotan de sus labios
Las sales y los chistes,

Muere en un solo objeto,
Variando eterno vive;
No hay pena que no cure
Ni don con que no brinde
Y no porque es tan niño
Siempre de el desconfies,
Ni temas que por loco
Vague y jamás se fije;
Pues se le vió algun dia
Tras su querida Psiquis
Trocarse por gozarla
En mariposa humilde.
Quiere amar por sí mismo
No por ley que lo ligue
Que esto es clara violencia,
Y no es aquello un crimen.....
Toma de amor la escuela
Mira que no desdice
Amarse sin cadenas
Y ser en amor firmes.
Vente pues á este cesped
De flores carmesies,
Y del amor mas dulce
Dulce leccion admite,
Que acaso el Dios al vernos
Con sed inestinguible
Nos trocará piadoso
En seres mas felices,
Y á mí y á tí tocando
Con su vara invisible
Nos hará mariposas
Con fúlgidos matices,
Y en libre amor y juegos

Por selvas y jardines
Haremos otra historia
De Cupido y de Psiquis.

El Solitario.

SEÑORES SUSCRITORES.

D. José Pacheco.	Sevilla.
D. Lucas Armas.	Sevilla.
D. Manuel Noriega.	Sevilla.
D. Mariano Bazan.	Sevilla.
D. Fernando Cabezas.	Sevilla.
D. José Amador de los Rios.	Sevilla.
D. Luis Bazo.	Sevilla.
D. Ernesto Siegwar.	Sevilla.
D. Gabriel Maria Sancho.	Sevilla.
D. José Gonzalez de la Rasilla.	Sevilla.
D. Francisco Pareja.	Sevilla.
D. José Garcia Carbajal.	Sevilla.
D. Juan Rodriguez.	Sevilla.
D. Antonio Linares.	Sevilla.
D. José Galin.	Sevilla.
D. José Aguilar.	Sevilla.
D. Francisco Samaniego.	Sevilla.
D. Cayetano Escudero.	Sevilla.
D. Manuel Moreno y Luyando.	Madrid.
D. Fernando Calvo y Rubio.	Madrid.
D. Fernando Osorio y Moscoso.	Madrid.
D. Francisco del Valle.	Almonaster la Real.
D. Mariano Esquivel.	Córdoba.
D. Juan Golmayo, secretario de la Excma. Diputacion provicial de id.	Córdoba.
D. Rafael Serrano.	Córdoba.
D. Joaquin Mante, por dos ejemplares.	Córdoba.
D. Miguel del Castillo.	Córdoba.
D. Blas de Castro.	Córdoba.
D. Manuel de Lara y Cárdenas.	Córdoba.
D. Faustino Garcia Tena.	Córdoba.
D. Manuel Garcia.	Córdoba.
D. Cárlos Ramirez Arellano.	Córdoba.
D. Pascual de Campos.	Huelva.
D. Antonio Caballo.	Moron.

D. José de Warleta. . . . . *S. Fernando.*

D. Javier Valdelomar y Pineda. . . . . .
Una incógnita. . . . .
D. Teodoro Somera. . . . .
D. Pedro Romero. . . . .
D. Luis Fernandez. . . . .
D. José Lerdo. . . . .
D. Francisco Mensaya. . . . . *Sevilla.*
D. Alejandro Castro. . . . .
D. José Ignacio Villena. . . . .
D. Antonio Arróm. . . . .
D. José Maria Benjumea. . . . .
D. Sebastian Gonzalez Naudin. . . . . .
D. Francisco Saavedra. . . . .

D. Miguel Tenorio Cordero de Santoyo. . *Burgos.*
Sra. D.ª Dolores Tuleta. . . . . . . *Las Cabezas.*
D. Manuel de Trigo y Sanchez. *Alcalá de Guadaira.*
D. Ignacio Romero. . . . . *Cádiz.*

D. Patricio Garrey. . . . .
D. José Isasi. . . . . *Jerez.*
D. Francisco Javier Virués. . . . .

D. José Gonzalez Castro. . . . . *Aracena.*
D. José Castro y Orozco. . . . . *Granada.*
D. Gaspar Valdivia. . . . . *Ronda.*

D. Mariano Martinez. . . . .
D. Manuel Moreno. . . . . *Mérida.*

D. Joaquin Sarrasi. . . . . *Zaragoza.*
D. Francisco Javier Borrallo. . . . *Higuera la Real.*
D. José Trigueros de Dios. . . . . *Carmona.*
D. Luis Maria Calderon. . . . . *Puebla de Cazalla.*
Excma. Sra. Marquesa de Monsalud. *Almendralejo.*
D. Joaquin Hontoria. . . . . *Sanlúcar.*
D. Antonio Carrascal. . . . . . *Fuente de Cantos.*

(Se continuará.)